

BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

SS

ALIAS «EL REPTIL»

**Curtis
Garland**



Howard Miller miró hacia atrás, preocupado.

Era la primera vez que le sucedía algo así. Habitualmente, cuando él trabajaba, eran los demás quienes tenían que mirar a sus espaldas, pero no él.

Experto en su tarea, frío profesional de cuerpo entero, jamás había sentido la impresión de verse perseguido, vigilado. Ésta era una sensación rara, insólita para él. Y acababa de sentirla.

Por supuesto no vio nada. Ni a nadie. La calle aparecía totalmente desierta, y las ventanas herméticamente cerradas en ambos lados de la misma.

Sin embargo, la sensación continuó, inexplicable. Seguía sintiéndose observado.



Curtis Garland

Alias «El Reptil»

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1640

ePub r1.0

Lds 15.02.19

Título original: *Alias «El Reptil»*

Curtis Garland, 1982

Cubierta: Desilo

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Howard Miller miró hacia atrás, preocupado.

Era la primera vez que le sucedía algo así. Habitualmente, cuando él trabajaba, eran los demás quienes tenían que mirar a sus espaldas, pero no él.

Experto en su tarea, frío profesional de cuerpo entero, jamás había sentido la impresión de verse perseguido, vigilado. Ésta era una sensación rara, insólita para él. Y acababa de sentirla.

Por supuesto no vio nada. Ni a nadie. La calle aparecía totalmente desierta, y las ventanas herméticamente cerradas en ambos lados de la misma.

Sin embargo, la sensación continuó, inexplicable. Seguía sintiéndose observado.

«Tal vez me estoy haciendo viejo —se dijo—. Nunca me había ocurrido antes...».

Lo cierto es que nada parecía abonar tal impresión, porque de haber alguien vigilándole, él lo hubiese advertido sin pérdida de tiempo. Era un experto en esas cuestiones, a fin de cuentas.

Pero lo cierto es que no se sentía viejo en absoluto, ni mental ni físicamente, a sus casi cuarenta años, y siendo un experto en la materia en que se había especializado. Se aproximó al automóvil aparcado en la próxima esquina. Aparentemente, éste era un modelo corriente de color gris metálico, moderno de potente motor. Pero ese vehículo distaba mucho de ser vulgar. En su trabajo, nada podía ser realmente vulgar ni ordinario. Todo debía ser especial. Muy especial.

Se detuvo, abriendo la portezuela. Miró al interior. Allí tenía su largo maletín conteniendo sus útiles de trabajo. Todo estaba en orden. La carrocería blindada del coche, sus cristales antibala

imposibles de destruir, todas las medidas de seguridad máxima adoptadas en su vehículo, hacían de éste una fortaleza inexpugnable. La cerradura era un modelo muy peculiar, que nadie podría forzar ni accionar, a menos que tuviese un duplicado exacto de la extraña llave que poseía su dueño, una rara pieza dentada por ambos lados, con triple fisura en el metal para encajarlo dentro de la ranura, y una extremidad magnética que accionaba el cierre definitivo. Con cualquier ganzúa normal, el resultado sería siempre un fracaso. Por si todo eso fuera poco, intentar hacer un «puente» en aquel modelo de coche sería absolutamente imposible incluso para un especialista, dada la caja de seguridad total en que se encerraban los cables y el sistema del encendido, accionable solamente mediante un minucioso procedimiento electrónico y otra llave de especialísimas características.

Howard Miller necesitaba todas esas medidas en su tarea. De otro modo, posiblemente su vida valdría muy poco. Y, sin embargo, esta vez no se sentía seguro. La vaga sensación de que un peligro indefinible y cercano le acechaba, era cada vez más intensa y precisa.

Sin embargo, no había nadie a su alrededor. No existía la menor señal capaz de inquietar a nadie. La calle continuaba desierta, dada su ubicación en una zona industrial de la ciudad donde a estas horas la vida era prácticamente nula, y ninguna ventana mostraba señal de vida en esos momentos.

Cerró el coche y se sintió aliviado. Hallarse allí dentro era como haber penetrado en una fortaleza con muros de acero. Nadie podía causarle daño estando dentro del vehículo. Nadie era capaz de perforar la carrocería o vidrios del automóvil.

Puso en marcha el automóvil. Comenzó a rodar lentamente calle abajo y dobló la esquina. No vio a nadie ni captó nada anormal en torno suyo. Pero sorprendentemente, la sensación de peligro aumentó. Aquello no tenía sentido.

«Tendré que visitar a un psiquiatra —se dijo con acritud a sí mismo—. Esto empieza a ser preocupante. Nadie se atrevería a causarme daño a mí. Y nadie podría hacerlo aunque quisiera, estando yo dentro del coche... Todo es ridículo. No sé qué me pasa... Y esta maldita tarea sin realizar aún. Debo darme prisa. Me dijeron que era urgente».

Aceleró la marcha del vehículo. Mantuvo una sola mano al volante. Con la otra abrió la caja alargada situada en el asiento junto a él. Contempló con fascinación los objetos allí alineados sobre el lecho de blando terciopelo. Eran cosas que le producían siempre el mismo grato placer examinar. Algo así como un morboso deleite.

Había un par de pistolas automáticas de especial diseño y culatas cambiables, silenciadores y aditamentos para larga distancia, con punto de mira telescópico. También un poderoso rifle silencioso, capaz de disparar a enorme distancia con precisión mortífera. Y una serie de pequeñas granadas de forma oval, color parduzco, cuya explosión era infinitamente más destructiva de lo que cualquiera podía imaginar al ver su tamaño.

Era su instrumental de trabajo. Sus elementos de faena. Con ellos se podía matar fácilmente a cualquiera. Y matar era su oficio.

Howard Miller era un asesino profesional, Un experto en el difícil arte de asesinar.

Pero él nunca mataba a gente conocida ni a personas con quienes mantuviera una relación. Era un ejecutor a sueldo. Mataba por encargo. Fría y desapasionadamente, sin móvil alguno. Sin motivos propios. Por eso nunca podrían cazarle. Era un profesional completo, un hombre desprovisto de sentimientos al matar. Cobraba por ello una suma convenida y asunto terminado. Luego volvía a ser, en su vida privada, el hombre recto e intachable que siempre había parecido ser. Su aspecto de comisionista, de ejecutivo o de hombres de negocios, impedía que nadie imaginara ni remotamente cuál era la verdadera ocupación de Howard Miller. Sus trajes eran caros, su familia vivía con desahogo en una bella residencia de Queens, su hijo iba a un colegio selecto y su vida era aparentemente intachable. ¿Quién podía suponer que el amable y correcto señor Miller, pudiera ganarse su importante salario matando a personas a quienes nunca había visto antes?

Ni siquiera su propia esposa —y menos aún, lógicamente, su propio hijo—. Hubiesen sospechado eso ni un instante. Para ella, él era un importante comisionista, un vendedor de una conocida empresa de plásticos, que viajaba con frecuencia fuera de Nueva York y ganaba altos porcentajes en sus ventas. Eso era todo. Su maletín de viajante y su coche vulgar, nada tenían en común con el

automóvil blindado, gris metálico, y el siniestro maletín lleno de armamento. Poco antes del regreso habitual a casa, ambas cosas eran cambiadas en un pequeño garaje de su propiedad que sólo él conocía, en el distrito de Brooklyn.

Howard Miller acababa de dejar ese día a su familia, rompiendo el compromiso de un cumpleaños —el de su hijo—, para ir a cumplir un trabajo urgente. Pero había prometido estar de regreso al caer la tarde, con tiempo suficiente para conmemorar la fecha en familia. Según él, éste era un encargo de gran importancia, cuya entrega debía de cumplir personalmente con un cliente a quien no se podía defraudar. Ello supondría también un ingreso extra. La esposa no sospechó nada, como de costumbre, y le despidió afectuosamente al verle partir.

Ella no podía sospechar que jamás volvería a ver vivo a su marido.

Ni tampoco él lo imaginó hasta que, de repente, la sensación de peligro se reavivó más que nunca en su mente, cuando conducía hacia Albany por la carretera general.

Entonces descubrió por vez primera lo que sucedía dentro del coche de máxima seguridad.

Fue primero un extraño, penetrante aroma que venía de alguna parte. Dado que había cerrado todas las ventanillas con sus vidrios blindados de absoluta inexpugnabilidad, y asegurado todas las puertas, sólo podía proceder del interior. Eso hizo encender la luz roja en su cerebro.

¿Qué sucedía dentro del vehículo? ¿Por qué olor indefinible y dulzón?

Miró tras de sí, alarmado. El vapor surgía de la parte trasera del coche. Era un vaho azulado, que paulatinamente se iba tornando verdoso y que despedía aquel intenso aroma. Se preguntó, alarmado, cómo podía producirse aquel humo dentro de su inaccesible vehículo. Pero ahora lo importante no era encontrar respuestas, sino salir de allí y averiguar qué era aquello y cuál podía ser su efecto sobre él.

Frenó inmediatamente el vehículo, aproximándolo a la cuneta para dejar libre el carril de la ruta. Empezaba a notar una rara sensación de mareo, de aturdimiento, que aumentaba por instantes. Estaba, sin embargo, lo bastante lúcido aún como para saber que

todo eso lo provocaba el maldito gas misterioso que brotaba inexplicablemente del interior de su coche.

El vehículo disponía también de radioteléfono en su tablier. Mientras frenaba y aparcaba con movimientos precipitados, descolgó el mismo y pulsó unos botones, marcando un número que sólo él conocía y que no venía en ningún listín telefónico.

Una voz metálica y fría brotó por el auricular:

—Oficina Uno —dijo—. ¿Quién llama?

—Soy Ejecutor Once —jadeó él—. Estoy en apuros. Dentro del coche... un gas... un aroma que aturde... No entiendo cómo pudo suceder...

—Salga pronto —aconsejó la voz—. Puede ser un atentado.

—Me temo que lo es. ¿Pero de quién? —Miró atrás. El humo era ya muy denso y de un verde lívido, e iba invadiendo inexorablemente todo el vehículo. Jadeó, con una tos, y notó una rara crispación en su garganta. Había terminado la maniobra. Gritó junto al micro del teléfono, antes de colgar—. ¡Es... asfixiante! Salgo del coche. Llamaré más tarde...

Soltó el teléfono. Alargó la mano para abrir la portezuela. No pudo hacer nada ya. Se le desorbitaron los ojos. El gas verdoso le rodeaba. Emitió un gorgoteo prolongado, crispó la mano en la portezuela, sin poder accionar el complicado sistema de apertura del vehículo.

Cayó de espaldas en el asiento. Parecía petrificado. El gas olía intensamente a algo dulce y penetrante. Era el olor de la muerte.

Porque Howard Miller, el ejecutor profesional, tuvo un espasmo en el asiento, su lengua asomó dificultosa por entre los labios hinchados de repente, y dejó de existir con un prolongado estertor.

Momentos más tarde, el gas se había evaporado. Pero Howard Miller ya nunca volvió en sí.

* * *

Frank McCaine era el hombre de la CIA encargado del caso.

Especialista en asuntos de seguridad; nacional, había sido delegado por sus jefes para tratar de saber por qué un asesino profesional había muerto misteriosamente en el interior de un coche blindado, color gris metálico, en la carretera de Albany,

justamente dos horas antes de visitar esa ciudad un importante político extranjero, de visita en los Estados Unidos.

Se había temido un atentado, en todo el tiempo que duró la visita oficial del político, pero ese atentado jamás llegó a producirse. Luego, la policía notificó del hallazgo del cadáver de un hombre en un coche de blindaje total, modelo muy especial, y con una caja de armamento sofisticado a su lado.

La CIA llegó a la conclusión de que el asesino profesional tenía el encargo de asesinar a aquel extranjero. Pero alguien se le había anticipado, asesinándole antes a él. Porque si bien inicialmente se pensó en una muerte natural por colapso o cosa parecida, pronto la autopsia, reveló que un gas letal desconocido había causado la muerte del hombre.

Se averiguó que se llamaba Howard Miller, que ese día su hijo celebraba su cumpleaños, y que en Queens, donde residía, sus vecinos y su familia le habían tenido siempre por un honrado comisionista. Se descubrió que no trabajaba para ninguna entidad de plásticos realmente y que sus ingresos procedían todos del crimen organizado, si bien debía de tener memorizados nombres y teléfonos, porque ni un solo dato aprovechable se halló en sus documentos. Para su esposa, fue un golpe realmente terrible conocer la verdad sobre su modélico esposo.

Frank McCaine era el encargado de saber por qué murió Miller y quién lo había matado. La única pista existente, si es que podía llamarse así, era una tarjeta de bordes negros de luto, dejada dentro del buzón del domicilio de Miller, con cuatro simples apalabras escritas en el tarjetón:

«Lo siento. El Reptil».

La CIA había pedido al FBI posibles datos sobre El Reptil como nombre o apodo de alguna entidad criminal o cosa parecida. Estaban esperando informes de Washington al respecto. Mientras tanto, McCaine investigaba a su modo.

El examen del automóvil de Miller había sido minucioso. Aparte comprobar que el asesino por contrato utilizaba un vehículo excepcional en muchos sentidos, el hombre CIA descubrió en el interior del mismo, adosado al asiento trasero, una especie de pequeño dardo prácticamente invisible, dado que tenía el mismo

color cuero de los asientos del coche, clavado en el respaldo de ese asiento. Un examen minucioso del objeto, una vez desclavado, reveló que había llevado prendido a su aguda punta una especie de cristalino recipiente que, sin duda, se disolvió, dejando residuos parecidos a los de una gelatina reblandecida. Esa diminuta cápsula, a juicio de McCaine y de los químicos de la CIA, había contenido un gas letal capaz de paralizar los nervios de Miller en breves segundos, causándole la muerte, posteriormente, al producirse una súbita inflamación de sus vías respiratorias que provocaron la asfixia.

Todo muy sofisticado, pensó McCaine. Pero ¿cómo pudo entrar el dardo asesino en el coche, si era totalmente blindado y carente de aberturas en el momento de morir su ocupante?

El agente de la CIA hizo un experimento repetido: abrió la portezuela delantera y entró en el coche, cerrando después. Tras insistir cuatro veces en la misma operación, comprobó que durante unos segundos, aproximadamente seis o siete, quedaba una abertura, la de la portezuela, mientras él entraba y se acomodaba, cerrando luego, suficientes de sobra para que alguien con una fabulosa puntería disparase ese dardo o cerbatana venenosa al interior del coche. El dardo penetraría así, silenciosamente, mientras Miller entraba en su coche antes de ponerlo en marcha. Y la muerte quedaba atojada dentro del vehículo. La temperatura ambiente disolvería la gelatina, liberando el gas mortal. Y eso sería todo.

—Tan ingenioso como difícil —murmuró McCaine, pensativo—. Quien pensó esto y lo llevó a cabo, es un verdadero genio. Y un tirador fabuloso, porque de no ser disparado a mucha distancia ese dardo, Miller hubiera visto a su enemigo. Un ejecutador profesional como él, no se hubiese fiado de nadie en una situación así...

Meneó la cabeza con evidente perplejidad. Era asombroso, lo admitía. Bastaron seis segundos escasos a un tirador oculto, para introducir la muerte en un coche a prueba de atentados. Una persona capaz de eso, no sólo merecía sus respetos, sino su grave preocupación.

—¿Con qué clase de individuo nos enfrentamos? —musitó—. ¿Y por qué se deshizo de un vulgar asesino a sueldo, por sofisticado que Miller fuese en su profesión?

El agente de la CIA no tenía respuesta a esa pregunta. Pese a ser todo un especialista en asuntos difíciles, se sentía desorientado ahora. No es que le importara demasiado que hubieran eliminado del mundo de los vivos a una rata como Miller. Lo que le preocupaba era el porqué. Evidentemente, podía haber algo feo y sombrío detrás de aquella muerte.

Pero McCaine era un hombre dispuesto a llegar al fin en sus investigaciones, por difícil y complicado que fuese el caso.

Esta vez también llegó a su final. Pero no fue el que había previsto.

Porque la CIA recibió dos días después un mensaje breve y siniestro, que conmovió incluso los cimientos de la poderosa Agencia de Inteligencia de los Estados Unidos:

«Lamento informarles muerte su agente Frank McCaine. Hallarán cadáver sepultado en el Hudson.

»El Reptil».

Se dragó el río en varios puntos. Y el cadáver de McCaine fue hallado, sujeto a un pesado lastre de metal, cerca de unos embarcaderos.

Le habían asesinado de un solo disparo en la sien.

CAPÍTULO II

—El Reptil... ¿Qué significa eso?

—Lo ignoramos. El FBI no tiene datos al respecto. Pero evidentemente, el nombre encubre a una organización o a una persona sola.

—Una persona sola es difícil que pueda deshacerse de gente como Miller o como McCaine. Un asesino profesional y un agente de la CIA... Dos hombres difíciles, duros y peligrosos, que jamás se hubieran confiado lo más mínimo. Y ambos están muertos ahora...

—Y en ambos casos, una nota lamentando lo sucedido, y firmada por ES Reptil. Curioso, ¿no? —comentó con sarcasmo el funcionario de inteligencia.

—Evidentemente, es un modo de firmar los crímenes. Un medio melodramático de darse a conocer. El asesino pudo evitarse ese trabajo. Si se lo tomó, significa egolatría y presunción. Estamos ante un maníaco posiblemente.

—O ante alguien que gusta de alardear de sus «hazañas». En todo caso, un ser peligroso... O una organización que no teme manifestarse públicamente como autora de esos hechos.

—No le veo mucha conexión a un asesino a sueldo con un agente de la CIA.

—Yo tampoco. A menos que McCaine hubiese descubierto algo importante sobre la muerte de Miller... —sugirió el interlocutor del miembro del Gobierno reunido urgentemente con aquel funcionario de los Servicios de Inteligencia de Washington, en una sala de la propia Casa. Blanca—. Pero si es así, se llevó consigo el secreto a la tumba, mi querido Graham.

—Sólo sabemos que encontró la forma de matar a Miller: un dardo disparado a larga distancia con diabólica puntería, sólo en el

momento justo en que al abrir y cerrar el coche para entrar, Miller dejó un hueco, el preciso para meter el dardo, al que iba sujeta una cápsula de gelatina soluble en la temperatura ambiente, conteniendo un gas letal de desconocida naturaleza. Todo muy raro y sofisticado, ¿no?

—Mucho. De ese modo, evitaron el asesinato de un político extranjero en suelo americano —comentó el miembro del Gobierno, ceñudo—. Pero en cambio, luego matan a un agente de nuestro país. No tiene sentido.

—El único sentido es que McCaine supiera algo más que no llegó a podernos decir. Pero eso ya no tiene remedio, amigo mío. Los muertos no hablan. Tendremos que poner a otro agente sobre la pista y confiar en que tenga más suerte que McCaine.

—Ya lo hemos pensado. Tenemos, trabajando en ello a varios de nuestros hombres, para evitar otro posible error.

¿Y ustedes?

El alto funcionario de Inteligencia se frotó el mentón, pensativo, con la mirada fija en la vista de la capital que se podía contemplar por los ventanales del gabinete. Luego manifestó con calma:

—También hemos puesto a trabajar a alguien en el asunto. Pero de una forma muy especial...

—¿Qué quiere decir?

—No he recurrido a un agente habitual, a nadie que pueda ser hallado en los ficheros, ¿comprende? Podría decirse que la persona que destinamos a investigar al llamado Reptil, sea ello lo que sea, es un *amateur* del espionaje.

—Pero eso es muy arriesgado, tanto para su Departamento como para el agente elegido... —se lamentó el otro, alarmado.

—Todo es arriesgado. Esa persona aceptó la tarea porque para ella es como una prueba, un examen del que puede resultar con la graduación o no. Confío en esa persona.

Y he querido ponerla a prueba. Es su gran oportunidad de convertirse en agente efectivo.

—O de morir siendo *amateur*.

—Sabe el riesgo que corre.

—¿Puedo saber quién es él?

—No se ofenda, amigo mío. No desconfío de usted, naturalmente. Pero cumplo algo que prometí a nuestro nuevo

colaborar. No diré su nombre a nadie. Pero algo sí puedo revelarle, sin romper mi promesa; no se trata de un hombre. Es una mujer.

—¡Cielos! —El hombre del Gobierno casi pegó un respingo en su asiento—. ¿Eso es cierto?

—Por completo.

—¡Es una locura! ¡Enfrentar a una mujer a un peligro semejante!

—Ella ama el peligro. Desea trabajar con nosotros. Ésta es su ocasión.

—Demasiado para un simple examen. Debíó elegir a otra persona más experta, más capaz de defenderse...

—McCaine era todo eso —le cortó sombríamente su interlocutor—. Y ahora está muerto. Deje que la aspirante se ocupe del caso. Tal vez nos dé una sorpresa.

—Sí, tal vez —manifestó con sequedad el hombre de la Casa Blanca—. Cuando eso suceda, dígame qué flores le gustan a ella. Para su tumba, claro. Y se puso en pie, brusco, dando por terminada la entrevista.

* * *

El hombre se detuvo. Miró su reloj, comparando la hora con la del Big Ben. Lanzó un suspiro, moviendo la cabeza con desaliento.

—Como siempre, adelanta dos minutos —murmuró—. ¿Qué dirán los extranjeros si comprueban que nuestro famoso reloj es tan poco exacto?

Guardó el reloj de bolsillo en su impecable chaleco gris y siguió caminando, en dirección al Puente de Westminster, para cruzar el río. En su mano, el bastón de empuñadura de hueso tallado era otro detalle más de elegancia, propio del *gentleman* perfecto que era Dennis Stracey. Ciertamente, su modo de vestir, de un gris impoluto, de ropas cortadas por un excelente sastre, y el calzado puntiagudo, brillante y pulcro, revelaba al caballero británico, capaz de frecuentar los mejores círculos de Londres causando verdadera impresión en todos ellos.

El hecho de que, además de elegante, fuese joven, esbelto y atractivo, hacían de él un verdadero maniquí. Pero contra lo que habitualmente sucede con tal clase de hombres, él poseía personalidad, magnetismo, una virilidad ostensible, y un aire felino

y astuto que producía la impresión de dotar de elasticidad gatuna a sus movimientos.

Para todo el mundo, Dennis Stracey era sólo lo que aparentaba: un rico joven de familia inmejorable, cuyos *hobbies* conocidos eran vestir lo mejor posible, practicar el *cricket* y el golf, acudir a las carreras, cortejar a bellas damiselas, y hacer frecuentes viajes al extranjero por simple placer. Sus amigos le respetaban y admiraban. Sus enemigos le odiaban y envidiaban. Era inevitable. Pero, para todos, él simbolizaba el hombre perfectamente inútil, incapaz de hacer otra cosa que no fuese gastarse el dinero que le sobraba por todas partes.

En cambio, para el Foreign Office, Dennis Stracey era alguien muy distinto: su mejor agente especial. Un verdadero genio del espionaje y el contraespionaje. Cosa que hubiera dejado estupefacto a quienes mejor lo conocían, de haber llegado a saberlo.

Que el distinguido petimetre que siempre lucía la última moda y hablaba con voluble superficialidad de los temas más diversos, desde el deporte a la política, pasando por las finanzas o el arte, fuese en realidad un miembro importante de los Servicios de inteligencia de Su Majestad, hubiera sobrepasado todo lo imaginable, incluso para el más fantasioso de sus amigos y conocidos.

Y sin embargo, Dennis Stracey era algo más que un miembro importante de la seguridad nacional británica. Era, virtualmente, uno de los cuatro o cinco mejores hombres del Departamento, y por tanto uno de los superagentes de Gran Bretaña.

Tal vez por ello mismo, le había sido asignada una difícil misión en estos momentos, y hacia su cumplimiento se dirigía, aunque sus gestos displicentes y su aire tranquilo hicieran suponer que iba a un concierto o a presenciar una prueba deportiva en cualquier lugar de Londres.

Dennis sabía el peligro que significaba aquella tarea. No iba a encontrarse con cualquiera, sino con alguien apodado Skorpio. Su nombre verdadero nadie lo conocía, aunque había utilizado en ocasiones los de Barry Fulton, Morton Sinclair, Jean Louis Perrier, Iván Leodorov y Simón Lonescu. Naturalmente, siempre adoptaba una nacionalidad y un disfraz distintos. Hablaba correctamente un puñado de idiomas, y podía alterar su físico a placer. Era sagaz,

cruel, despiadado y de venenosas intenciones. Tal vez por todo eso, se le había apodado Skorpion en la jerga del mundo del espionaje y el contraespionaje.

Pero su verdadera identidad era siempre un misterio para todos los Servicios de Inteligencia de Occidente... y según algunos informes, incluso para los del Este. Porque Skorpion no se aliaba con un solo bando jamás. Era un espía doble... o triple. Nadie podía prever si estaría al servicio de los árabes un día, pagado por Jerusalén, antes por Tel Aviv, claro, al día siguiente, hoy embarcado en una misión a favor del Kremlin, y mañana sirviendo intereses norteamericanos o chinos.

No tenía partido ni ideología. Si no era un apátrida, lo parecía. Y ahora estaba en Londres. Recientemente, aunque se había tenido buen cuidado de ocultarlo a los medios de información, se había desbaratado por parte del Servicio de Inteligencia británico un atentado cuidadosamente preparado para asesinar en público a la Reina. Después había sido un audaz golpe, perfectamente medido en todos sus detalles, contra el Primer Ministro, el abortado por la policía providencialmente. Luego, como por simple coincidencia un sabotaje aún sin aclarar había estado a punto de provocar un desastre en una central nuclear recién terminada.

El Departamento no creía en casualidades. Stracey, tampoco. Allí estaba la misma mano mezclada en todo: el magnicidio fallido, el atentado político desenmascarado y el sabotaje amenazador. La misma mano, el mismo hombre: Skorpion, el superagente sin nacionalidad, identidad ni ideologías. El supermercenario al servicio del mejor postor. Un profesional frío y cerebral dedicado por entero a espiar, sabotear... y asesinar.

Los servicios secretos ingleses funcionaron en todo. Colaborando estrechamente con la CIA y con el Deuxième Bureau francés, se confirmaron los temores: Skorpion estaba en Inglaterra. Es más: Skorpion estaba en Londres.

Se tendió la tupida red del Foreign Office en torno a la codiciada presa de gran calibre, Secreta, callada, sigilosamente, los mil y un mecanismos funcionaron a la perfección. Confidentes, espías, informadores, actuaron a tope.

Y por fin llegó la confidencia. Skorpion se hacía llamar ahora Benjamín Rogers y poseía una tienda de antigüedades en Lambeth,

al otro lado del río. Justamente en Lollard Street, cerca de una pequeña iglesia, entre las calles Ers y Gundulf.

Ahora, Dennis Stracey, en su eterno papel de indolente caballero rico, se dirigía a esa tienda para adquirir ciertas piezas antiguas. Llevaba bien provista su cartera, y tenía todo el aire de un hombre aburrido, demasiado rico y profundamente interesado en cualquier cosa semejante al coleccionismo de arte.

El día era apacible y con un sol tibio entre jirones de nubes, cosa no demasiado habitual en Londres, y resultaba grato pasear, en especial cuando una persona gozaba fama de desocupada y amante del aire libre. Llegó por su propio pie hasta Lollard Street, y caminó por ella con aire perezoso. La tienda de Rogers no era la única en vender piezas antiguas en aquella calle, según comprobó muy pronto. Otros dos establecimientos similares se especializaban en la compraventa de antiguas obras en plata, marfil o jade, junto a jarrones chinos, estatuillas y todo cuando los coleccionistas pueden amar intensamente.

Fingió vacilar en dos de los establecimientos, luego pareció fijarse por vez primera en los pequeños escaparates de la tienda de Rogers y cruzó la calle, moviendo su bastón con aire perezoso e indolente, como si aquel simple hecho pudiera fatigarle.

Se detuvo ante un escaparate repleto de piezas realmente valiosas, con abundancia de marfil tallado, jades, ónix y toda clase de pedrería. Unas figurillas egipcias en lapislázuli, rodeaban a una reproducción en miniatura del sarcófago de Tutank-Amón, realmente bella. Como guiado por un súbito impulso, Dennis penetró en la tienda.

Al empujar la puerta de cristales, unas musicales colgaduras chinas tintinearón melodiosamente, avisando al propietario de la llegada de un cliente. El establecimiento olía a viejo, y las densas sombras envolvían gran parte de sus rincones, más allá de una vieja armadura medieval y unos tapices chinos de bellísimo colorido. Los mostradores y vitrinas aparecían repletos de las más diversas y hermosas piezas antiguas.

Dennis, admirado, se dijo que la tienda era demasiado real para ser un simple negocio de tapadillo de unas actividades muy distintas. Otro detalle que le desconcertó fue descubrir enmarcado en un muro un permiso industrial a nombre de Benjamín Rogers,

anticuario, con fecha muy anterior, y con la apariencia de ser bastante viejo.

«Este diablo cuida hasta el mínimo todos los detalles —meditó Dennis paseando por entre tanta delicada pieza de artesanía remota y exótica—. Resulta difícil que se le escape lo más mínimo para dar veracidad a su piel».

—¿Qué desea, caballero? —preguntó suavemente la voz, desde las penumbras con olor a polvo y a seda vieja, interrumpiendo el hilo de sus reflexiones—. ¿Algo en particular?

—Sí. Muy en particular —sonrió Stracey, volviéndose tranquilamente hacia donde un hombre encorvado, de cabello canoso y sonrisa servicial, asomaba su rostro simpático y bonachón, por encima de una increíble formación de soldaditos de plomo representando un escuadrón de granaderos reales—. Busco posiblemente una pieza única y de difícil localización.

—Soy especialista en piezas únicas, señor —dijo el anticuario, avanzando hasta estar más cerca de él. La claridad exterior, filtrando los rayos solares a través de los polvorientos cristales hasta el fondo de la tienda, permitieron a Dennis descubrir que su hombre era de mediana edad, parecía algo artrítico y su rostro no mostraba huellas de afeites o caracterización alguna. Aun conociendo la capacidad del agente Skorpio en tales menesteres, resultaba insólito que sus agudos ojos, especializados en descubrir cualquier detalle falso, no captaron nada anormal en aquel hombre de aire apacible y vulgar.

Ahora mismo, el anticuario le estaba hablando de nuevo, cortés y servicial:

—¿Qué clase de pieza es, exactamente, la que usted busca?

Dennis llevaba bien preparada su respuesta a tal interrogante, por supuesto:

—Busco un objeto que no me ha sido posible encontrar en establecimiento alguno, ni tan siquiera en las tiendas de Chelsea especializadas en tales cosas. Alguien me dijo que en esta calle podía hallarlo, pero en las otras tiendas que he visto dudo mucho que puedan facilitármelo, a la vista de lo que exhiben.

—Estoy esperando a saber lo que es, señor. Y con toda seguridad que podré complacerle —suspiró el propietario—. Jamás Benjamín Rogers ha defraudado a un cliente como usted, señor. Se ve en

seguida que conoce bien lo que quiere. Observé cómo miraba ese pequeño Buda de ahí. Aparentemente es una estatuilla vulgar, de marfil viejo.

—Pero no lo es —sonrió Dennis apaciblemente—. Se trata de un Buda muy valioso. Tiene el estilo de Wang-Ho,

el artesano del último de los emperadores Ming. Además, se ve en su ombligo una pequeña cifra china que significa su número de orden. Eso quiere decir que es una de las diez estatuillas únicas que logró tallar

Wang-Ho

cuando ya estaba ciego, y la artrosis destruía asimismo sus manos impidiéndole tallar. Creo ver que la cifra corresponde al número 10. Es, por tanto, la última pieza creada por el artesano de los Ming.

—Notable. —Rogers le contempló fascinado, con evidente admiración, humedeció sus labios y meneó afirmativo la cabeza—. Es cierto en todos los detalles, señor. Esa estatuilla la conseguí milagrosamente en un pequeño templo de Cantón hace bastantes años. Hoy el valor de esa figurilla sobrepasa las cinco mil libras.

—Lo sé. Pero no me interesa. Es otra pieza la que busco. China también. Obra de Su-Lin-Tao. Se trata del calendario chino, con su horóscopo, tallado en jade y con incrustaciones de marfil y ónix.

—Lo suponía —suspiró el anticuario con un destello apasionado en sus ojos, brillantes y excitados tras sus gafas de montura metálica—. El calendario de Su-Lin-Tao. Una obra maestra sin igual en el mundo... Por supuesto, no lo tengo aquí.

—Era de imaginar.

—Pero lo tendrá mañana —dijo rápidamente Rogers.

—¿Mañana? —Él enarcó las cejas—. ¡Eso es imposible!

—No para mí —sonrió beatíficamente el extraño anticuario—. Sé dónde conseguirlo.

Pero... ¿conoce usted su precio?

—Sé que el año pasado alguien ofreció por él en Francia una suma equivalente a ciento cincuenta mil libras.

—Ciento noventa mil es su valor exacto —dijo Rogers—. Una fortuna, como ve. ¿Está dispuesto a pagarla?

—Hasta el último penique —afirmó Stracey.

—Bien. En ese caso, no habrá problemas. Espere aquí. Voy a

darle la prueba de que sé dónde está. Poseo una fotografía del objeto. Hecha con una cámara especial, y fechada la fotografía, para que compruebe su reciente factura. No tardaré nada, señor. En seguida estoy con usted...

Desapareció en la puerta de la trastienda, caminando algo dificultosamente. Dennis permaneció inexpresivo, por si era vigilado desde algún punto invisible para él. Resultaba sorprendente, de todos modos, el profundo conocimiento que de las antigüedades poseía Skorpio, si realmente era él quien le estaba atendiendo en la oscura tienda. Dennis empezaba a sentir alguna duda sobre ello, pese a su inicial convicción de estar sobre la pista del fantástico espía sin patria.

Esperó unos instantes. Sorprendido, advirtió que no se escuchaba ruido alguno en la trastienda. Llamó con voz algo insegura, como haría un cliente auténtico, tras empezar a impacientarse:

—Señor Rogers... Señor Rogers, por favor... No se entretenga demasiado. Tengo prisa...

El silencio no se alteró. Dennis insistió, con algo más de vigor en el tono, inclinándose por encima del mostrador:

—¡Señor Rogers! ¿Sale usted o no?

El mismo mutismo. El joven soltó una imprecación entre dientes, empezando a temer lo peor. La idea se abrió paso en su mente con el destello cegador de un chispazo súbito: ¡Skorpio había descubierto su verdadero objetivo al visitarle, y había escapado!

Salvó el mostrador de un salto, desenfundando su bastón con un rápido movimiento sobre la empuñadura. Un resorte interior plegó la funda aparentemente sólida, que resultó ser tan sólo una envoltura plegable de material plástico, y apareció un reluciente estoque, capaz de atravesar de lado a lado a cualquiera. Ese arma, en manos de un experto esgrimista como Stracey, era realmente temible. Y no tan fácil de detectar como un arma de fuego, cosa que no había llevado consigo por si Skorpio tenía algún detector especial en su madriguera.

Alcanzó la puerta de la trastienda y la empujó, en guardia su acero. Escudriñó el interior oscuro. No todo eran tinieblas, sin embargo. Una pequeña luz roja, como la de un cuarto de revelado fotográfico, era visible allá al fondo, tras un biombo chino pintado a

mano sobre seda y madera lacada. Avanzó lentamente, con el acero en ristre, la mirada aguda fijándose en todas partes. Aún trató de fingir, por si se había precipitado en exceso:

—Señor Rogers... ¿Dónde diablos se ha metido usted? Esta vez sí se quebró el silencio. Un ahogado jadeo respondió a su voz. Stracey avanzó con mayor rapidez. O estaba en un error, o aquel sonido sólo podía provenir de una garganta agónica. También podía ser una ficción, parte de una trampa mortal. Pero tenía que correr el riesgo, contra lo que pudieran pensar sus amigos y compañeros de la buena sociedad londinense.

Rodeó el biombo sin que nada sucediera. Y sus ojos descubrieron la escena bajo la luz roja, que oscilaba levemente, como si alguien la hubiera golpeado recientemente.

Benjamín Rogers yacía boca arriba, junto a un mueble. Junto a él había desparramadas varias fotografías en color, muy minuciosas, de obras de arte diversas. Gotas de sangre salpicaban su superficie satinada. Mucho más rojo aparecía, al margen del tono de la débil luz, el pecho del anticuario, totalmente bañado en su propia sangre. Un terrorífico boquete destrozaba sus pulmones, estómago y parte del vientre. El corazón, palpitando levemente en medio de coágulos de sangre, era visible por la tremenda herida.

Dennis soltó una imprecación y se puso de rodillas junto al caído. Se preguntó qué horrible arma pudo hacer aquel destrozo silenciosamente, ya que él no había captado ruido alguno mientras esperaba en la tienda.

Pese a ello, el moribundo aún vivía. Pretendía decir algo, pero de sus labios sólo brotaban estertores y regueros de sangre. Le miró con ojos dilatados, y jadeó algo que Dennis no pudo entender. Pero como ya no había tiempo que perder y todo estaba decidido para el anticuario, le interpeló bruscamente:

—¿Es usted Skorpion, Rogers?

El otro ni siquiera reveló sorpresa. Sus ojos desorbitados se fijaban ansiosamente en él. Le vio mover la cabeza afirmando. Sí. Era Skorpion. No había habido error.

Le tocó cabellos, rostro... Se llevó otra leve sorpresa. Todo era natural, legítimo. No iba maquillando ni caracterizado. Eso le hizo comprender la imprevisible verdad. El anticuario Benjamín Rogers era Skorpion. Sencillamente eso.

—De modo que ésta es su identidad real —jadeó Dennis—. Un inglés, un anticuario de mediana edad... ¡es Skorpio!

Otro asentimiento. El misterio ya no era tal. Pero la solución era insólita. Y dolorosa para un inglés. Ni apátrida, ni ruso, ni americano. Inglés. Skorpio había sido traidor incluso a su propia patria. Y Dennis imaginaba los motivos:

—Todo lo hacía por dinero. Mucho dinero, Skorpio. ¿Para sus antigüedades, para ser el mejor anticuario del mundo, capaz de proporcionar cosas como el calendario chino o el Buda del ciego Wang-Ho?

Nuevo asentimiento. Y luego, una frase extraña, inesperada, barboteada en medio de vómitos de sangre:

—El... El Reptil... Ha sido... él...

—¿El Reptil? —Dennis arrugó el ceño—. ¿Quién es el Reptil? ¿Fue quien le hirió?

Nuevo asentimiento. El Reptil. Stracey no había oído antes ese nombre. No le decía nada. Trató de averiguarlo. —¿Quién es el Reptil?— insistió—. ¿Un espía?

—Síiii —susurró el moribundo—. El Reptil... me ha... mata... do... Es... es...

Otro vómito de sangre cortó sus palabras. Cayó de espaldas, con la mirada vidriosa. Dejó de respirar. El corazón, visible por el boquete atroz de su pecho, ya no se movía.

Dennis se incorporó. Miró en torno. Empuñando siempre su espada, caminó hasta la puerta posterior de la trastienda. Daba a un patio, y estaba entreabierta. Salió a ese patio, rodeado por altas tapias de ladrillos oscuros. Ni rastro de nadie.

Quien fuese ese tal Reptil, pensó, había huido ya del lugar de su crimen, saltando una de las tapias. Sin duda llevaría útiles para ello, porque efectivamente haría falta ser un auténtico reptil para salvar aquella altura sin dejar huellas.

Sombrío, regresó a la tienda de Lambeth. Ya nada podía hacerse. Skorpio estaba muerto. Un genio del espionaje había caído al fin. Pero no podía sentirse satisfecho, porque el fin de esa carrera criminal parecía abrir ante él otra nueva interrogante más siniestra aún que la anterior.

¿Quién era el Reptil? ¿Por qué había asesinado a un superagente tan peligroso como Skorpio? ¿Cómo pudo sorprender al astuto espía

sin patria, causándole la muerte de modo tan terrible?

Dennis Stracey estaba seguro de que un caso se cerraba... para abrirse otro todavía más difícil y oscuro.

CAPÍTULO III

Nancy Danton tomó tierra en Heathrow aquel nublado y lluvioso día en que desde el cielo, Inglaterra le había parecido todo lo triste y brumoso que el tópico la presentaba.

El camino del aeropuerto a la terminal urbana de la British Airways le confirmó esa primera impresión. Pero se dijo que tal vez una ciudad de la fisonomía de Londres, no ganaría mucho con un sol radiante, y que era mucho mejor conocerla «en su salsa», con aquel cielo gris y aquella llovizna mojando el asfalto urbano tediosamente.

Nancy parecía una turista más, entre tantos americanos como habían desembarcado en el aeropuerto. Pero en realidad, aunque era norteamericana y ofrecía ese aspecto, en realidad su motivo de visita a Londres era muy diferente al de la mayoría de los compañeros de viaje del reactor trasatlántico.

Ella iba en busca de algo muy concreto.

Algo o alguien llamado El Reptil.

Su aspecto atraía siempre las miradas masculinas, pero eso no era para ella ningún obstáculo serio de cara a su tarea. Porque los hombres la seguían con ojos tiernos y las mujeres con mirada de envidia o recelo. Era joven, seductora, de figura esbelta y llamativa, ojos profundos, muy verdes, cabello rojo intenso y piel suave como la del melocotón.

Nancy podía sugerir cualquier cosa a un hombre, menos nada relacionado con su verdadera profesión. Quizá porque espías tan encantadoras solamente eran posibles en el cine o la televisión, pero raramente en la vida real.

La bella dama de la CIA abandonó su taxi en la terminal aérea, tomando su maletín y encaminándose a un aparcamiento cercano.

Sus verdes ojos revisaban la zona, desde detrás de las gafas oscuras de montura de fantasías. No llamó a ningún otro taxi de los que circulaban en derredor. Por el contrario, se detuvo cuando un claxon sonó suavemente cerca de ella. Giró la cabeza. Su verde mirada se clavó en un sobrio deportivo Aston Martin, de color oro viejo metalizado, de matrícula londinense. Desde detrás del volante del vehículo, una sonrisa agradable le dio la bienvenida a Londres.

Ella avanzó hacia el automóvil. Se detuvo cerca. Observó al elegante *gentleman* de cabello castaño, impecable traje gris azulado y expresión risueña.

—¿Siempre está nublado en Londres? —preguntó ella, trivial.

—Acostumbramos ser así —sonrió él—. Pero a veces también luce el sol. ¿En su país no ocurre igual, señorita?

—Mi país es tan grande que cuando en una parte aún es de día y con sol, en la otra ya es noche cerrada —explicó ella, como quien recita un versículo de la Biblia, sin el más leve pestañeo en sus ojos fijos en el automovilista.

Fue como si hubiera pronunciado un codificado «Ábrete, Sésamo». El abrió la portezuela y la invitó, cortés:

—Será un gran placer llevarla a alguna parte, señorita. No se extrañe de ocupar el lado izquierdo del asiento. Como ve, el volante va a la derecha. Cosas de mi país. Nos gusta llevar la contraria a todo el mundo^[1].

Ella sonrió sin hacer comentario alguno. Tiró su maletín al asiento posterior, y se acomodó junto al conductor, que cerró la portezuela y puso el Aston Martin dorado en marcha. Su comentario, al arrancar, tuvo una clara ironía:

—Tampoco espere que este coche sea como el de James Bond, aunque su marca sea la misma. Los agentes británicos nos parecemos muy poco a 007 en la realidad, como puede suponer. Sería insoportable para la Corona tener un puñado de Sean Connery o de Roger Moore con todos los artilugios que se inventan esos del cine para tales ocasiones.

Ambos rieron de buena gana. La joven americana respondió divertida:

—Me temo que si fuese usted James Bond, me sentiría mucho menos tranquila a su lado.

—Oh, eso resulta casi ofensivo. Le aseguro que tengo tanto *sexy*

como 007. Pero soy mucho más modesto que él.

—Hace bastante por disimularlo, según veo —fue la cáustica respuesta de ella.

Volvieron a reír. El británico tendió su mano, sin dejar de conducir su deportivo en dirección al centro de Londres.

—Tiene sentido del humor, señorita Danton. Como bien sabrá, soy Dennis Stracey, su amigo en esta ciudad.

—Espero que seamos realmente buenos amigos —ella estrechó su mano con un suspiro y estudió su impecable aspecto. Por el retrovisor, se fijó en el bombín y el bastón que aparecían en el asiento trasero, junto a su maletín—. No pareces lo que es. Yo diría que viene directamente de Ascott o de la City^[2].

—Acostumbro a frecuentar ambos lugares —admitió él con aire culpable—. Soy lo que se dice un perfecto caballero. Un parásito de los muchos que circulan por el mundo luciendo una estúpida elegancia, su habilidad en no hacer nada ni servir para nada, y su irresistible capacidad de malgastar dinero en las cosas más inútiles y superfluas.

—No se ve muy bien a sí mismo, según parece —sonrió ella, irónica.

—Si fuese solamente lo que aparento ser, me consideraría el más infortunado de los mortales. Y me daría vergüenza de mí mismo, señorita Danton.

—Vamos a ser amigos, recuerde. De hecho, ya lo somos —le recordó ella—. Prefiero que me llame Nancy. Es más íntimo.

—De acuerdo. Nancy y Dennis. Es mejor así. Ahora hablemos de otras cosas —viró en una esquina suavemente, metiéndose entre un autobús rojo de dos pisos y una furgoneta de reparto de platos precocinados, a la altura de Oxford Street y Charing Cross—. De usted, por ejemplo.

—¿De mí? —Ella se puso aparentemente en guardia—. ¿Qué quiere saber?

—Lo que pueda saberse sin romper las normas de nuestro oficio —rió él de buen humor guiñándole un ojo—. Nuestro encuentro ha sido puramente rocambolesco. El claxon, las frases convenidas... ¿Qué hubiera dicho si no llega a estar nublado hoy? Es algo que me intrigaba mientras la estaba esperando...

—Existía una alternativa prevista —rió también ella—. Algo así

como «¿No decían que siempre está nublado en Londres?».

—Y yo hubiera contestado: «Acostumbra a estarlo», etc., etc. En fin, todo estaba más o menos previsto, ¿no? El caso era establecer el contacto con plena seguridad mutua.

—Me lo describieron muy bien —objetó ella—. En seguida supe que era usted. Pero resulta más guapo de lo que imaginé.

—Cielos, es el primer piropo que me dirige una Chica que no aspira a casarse con la fortuna de un Stracey —gimió él.

—¿Pero realmente tiene fortuna? ¿No es un papel que representa?

—No, no. Los Stracey somos una familia de rancia estirpe. Por eso nadie sospecharía de un miembro de la misma como posible agente del Gobierno de Su Majestad. Mis parientes han sido siempre lo bastante idiotas como para no ser más que lo que son y aparentan ser.

—Es usted terrible. No deja títere con cabeza. Ni siquiera a su familia...

—Mi familia es la que menos respetos me merece, después de mi propia persona —resopló Dennis—. De no haber sido por mi afición al peligro y a la vida agitada de quienes nos movemos en este mundo de sombras y de ambigüedades que es el espionaje, ahora sería justamente lo que todos piensan que soy: Dennis Stracey, millonario y no de profesión. Pero estamos hablando de mí; cuando debía de ser todo lo contrario. ¿Por qué una chica tan bonita y atractiva se ha convertido en una moderna

Mata-Hari?

—Usted logra hacerme sentir ridícula en mi papel, con esos ácidos comentarios, Dennis. ¿Siempre es igual con todo? Resulta tremendamente destructivo, hasta el punto de convertir en abominable una profesión que yo creía apasionante.

—No me haga caso —él soltó una carcajada—. Es mi modo de entender el humor británico, sólo eso. Ya se irá acostumbrando a mí, Nancy.

—¿Eso quiere decir que imagina que debo permanecer mucho tiempo en Inglaterra?

—Es posible —se encogió de hombros—. ¿Usted qué cree?

—No lo sé, Dennis. Ese hombre, Skorpion, murió aquí, en Londres. Es el motivo de que me encuentre ahora aquí.

—Lo sé. Skorpion era un tipo raro. Pensábamos que era cualquier cosa menos un respetable comerciante inglés, especializado en antigüedades de gran valor. Quiso hacer un arte sublime de su oficio. Para ello, nada mejor que convertirse en superagente al servicio de cualquiera que pagase bien. Un mercenario de alta categoría, un profesional de elite, que invertía su dinero en adquirir rarezas artísticas de valor incalculable. Así, por encima, los expertos han tasado el contenido de su tienda en un equivalente a quince millones de libras esterlinas. Algo así como unos cuarenta millones de dólares, en cifras redondas.

—¿Todo eso lo consiguió con el espionaje?

—Absolutamente todo. Hemos estudiado su historial. Era un comerciante de escasa importancia hace quince años. En ese período de tiempo amasó una inmensa fortuna que dedicó a adquirir las piezas más increíbles del mercado mundial de antigüedades y de arte.

—Y yo sin darme cuenta de las grandes posibilidades de mi oficio... —comentó ella con sarcasmo.

—Ni lo sueñe. —Dennis puso un gesto burlón—. Los que servimos a una sola patria nunca ganamos más que condecoraciones, hasta llegar a la de título póstumo, como máximo galardón. Skorpion era otra cosa. No tenía patria ni ideología. Servía al que mejor le pagaba. Era un genio de su especialidad, lo admito.

—Y sin embargo, murió oscuramente en una trastienda, cuando se disponía a vender una pieza única a un falso coleccionista. Alguien fue mejor que él, ¿no?

—O más despiadado —comentó Dennis, escéptico—. Skorpion nunca vaciló en asesinar cuando convenía a los intereses que defendía en su momento. Encontró una muerte digna de su carrera, eso es cierto. Pero nos dejó abierto otro grave problema a todos.

—¿El Reptil?

—Sí —la miró fijamente, parando en un semáforo de Shaftesbury—. El Reptil.

—El problema ya estaba abierto antes. Skorpion es la tercera víctima. Ya hay dos anteriormente: Howard Miller, un ejecutor de élite, y Frank McCaine, un compañero mío en la CÍA.

—Y todo eso, ¿por qué?

—No lo sabemos. Esperamos encontrar una posible respuesta en

Londres.

—Yo pensaba lo mismo de Washington —bromeó Dennis, burlón.

—Hemos de colaborar estrechamente en esto. Al parecer, al tal Reptil, no le importa demasiado asesinar a americanos o ingleses, a espías favorables o enemigos.

—¿Sabe el posible motivo?

—Nadie lo sabe en la CIA.

—¿Y la identidad posible del Reptil?

—Nada de nada.

—¿No existe ese apodo en los anales del espionaje de su país?

—No. Nada sobre alguien con el alias del Reptil, si a eso se refiere. ¿Y en Londres? —Negativo. Nada sobre ningún Reptil adscrito a los Servicios de Inteligencia amigos o enemigos.

—¿Colaboraron los rusos en esto?

—Y los chinos. Dicen ignorarlo todo. En sus archivos no hay ningún Reptil. Con mayúscula, claro —añadió sarcástico el inglés.

—De modo que, teóricamente, en el mundo internacional del espionaje no existe El Reptil.

—No. No existe.

—Raro, ¿no? Ambos sabemos que *existe*.

—Claro. Ustedes tienen los dos mensajes. Yo, la palabra de un agonizante.

—Es un caso disparatado. ¿Por qué querrá matar a gente como McCaine. Miller o Rogers, alias Skorpio? Ni siquiera poseen nada en común, salvo su condición de trabajar en servicios de Inteligencia, ser espías o especializarse en asesinar políticos y gente pública.

—Supongo que para eso está usted aquí, Nancy, y para eso he venido yo a recibirla —se detuvo ante el lujoso hotel al que desde un principio se había encaminado, y contempló a la joven, risueño—. Hemos llegado. Se aloja aquí. Habitación 307. En todo momento celosa y discretamente vigilada. Estará protegida mientras permanezca en Londres, no debe temer nada.

—¿Seguro? —Ella enarcó las cejas—. Skorpio debía ser un tipo que sabía defenderse de cualquier problema. Sin embargo...

—Bueno, no ponga las cosas tan difíciles. Nunca existe seguridad total, o no habría magnicidios ni cosas así en el mundo. Lo cierto es que usted supongo que sabe defenderse. Y añadiendo a eso una

protección adecuada, reduciremos el riesgo en un setenta u ochenta por ciento. El resto, depende del azar, de su fortuna, de muchas cosas.

Además, ¿por qué querría causarle daño El Reptil?

—Porque ando tras él. Además, ¿por qué causó daño a los demás?

—No lo sé. Me temo que no podré serle de mucha ayuda en esta labor. Ambos nos enfrentamos a un auténtico misterio. No sabemos nada sobre ese personaje siniestro y enigmático que va liquidando a importantes miembros de las ramas diversas del espionaje, del sabotaje o del simple terrorismo. Posiblemente sea una especie de exterminador de nuestra especie. Lo cual sería mala cosa para los dos.

—Confío en que ese pesticida no acabe con dos insectos llamados Dennis y Nancy —bromeó ella, saliendo del coche ágilmente—. ¿Nos veremos?

—Por supuesto. Oficialmente, usted es una bella turista americana y yo un *play-boy* de la mejor sociedad británica. Nadie se extrañará de que la escolte a una cena en un buen restaurante, pongamos por caso, y que luego vayamos a alguna parte, ¿no es cierto?

—Está dando por sentado que yo aceptaré —sonrió ella.

—Aceptaré —respondió él, irónico—. No por mi atractivo varonil, sino porque ambos debemos colaborar en todo esto, buscando la pista del Reptil.

—*Touché* —rió la joven americana de buen humor al recoger el maletín—. ¿A las siete en el vestíbulo del hotel?

—A las siete en punto —asintió Dennis—. No olvide ponerse sus mejores galas americanas. Iremos a sitios muy escogidos. Y la gente se fija en esas cosas en Londres. Me gustaría que muchas damas encopetadas de esta ciudad palidieceran de envidia al ver a una americana con más elegancia que ellas...

—Lo intentaré, pero no prometo nada —le dirigió una tenue sonrisa y caminó hacia el hotel resueltamente, agitando su mano derecha jovialmente—. Hasta luego, Dennis.

—Hasta luego, Nancy. A las siete, recuerde. Yo... ¡Cuidado!

Su grito fue muy oportuno. Lo lanzó cuando virtualmente saltaba fuera del deportivo Aston Martin dorado como una centella,

y Nancy Danton vio venir sobre sí, como un bólido arrollador, una furgoneta de reparto de platos semicocinados. Era una furgoneta azul que ya había visto anteriormente Dennis, casi pegada a ellos camino del centro urbano...

Durante unas décimas de segundo, la vida y la muerte pendieron de un frágil hilo roto, en la calzada situada ante el céntrico hotel londinense. Nancy sintió el escalofrío sutil y fugaz de verse encarada a un trágico e irremisible final, bajo las ruedas del vehículo...

CAPÍTULO IV

Cuando el morro de la furgoneta azul se agigantaba ante los ojos dilatados de la joven norteamericana, algo surcó el aire, precipitándose sobre ella y arrancándola del sitio preciso donde se hallaba, y del que sin duda el vehículo la hubiese lanzado contra el asfalto, aplastándola con sus ruedas.

Dos cuerpos humanos rodaron aparatosamente, cayendo en la amplia acera, bajo la marquesina del hotel, y el portero de éste, así como varios transeúntes, contemplaron con una mezcla de estupor y de alarma la dramática, vertiginosa escena.

El vehículo rugió, bordeando la acera con sus neumáticos, y sin detenerse pasó de largo, acelerando incluso su velocidad en la siguiente esquina, cuando giró en ella, para hundirse en una calle adyacente.

Dennis Stracey y Nancy Danton estaban todavía en la acera, tendidos el uno junto al otro, el brazo del joven británico rodeando el frágil cuerpo de la muchacha. El golpe contra el asfalto había aturdido ligeramente a Nancy. Pero se daba perfecta cuenta de que el impacto de la furgoneta contra su cuerpo, hubiera sido infinitamente peor.

—¿Se encuentra bien? —Oyó que preguntaba la voz del caballero inglés junto a su oído.

Giró la cabeza, asintiendo. Vio muy cerca de ella los grises ojos inteligentes del joven, y su boca pegada virtualmente a su oído. No le disgustó el contacto tan próximo. Después de todo, pensó con un razonamiento muy femenino, tenía unos ojos muy bonitos y unos labios muy atractivos.

—Sí —musitó—. Creo que no me he roto nada, gracias. Pero de no ser por usted, ahora estaría hecha una piltrafa...

—Olvídelo —suspiró él, incorporándose y ayudándola a hacerlo. Luego se limpió el polvo de su impecable atavío, mientras ella se apoyaba en el muro del hotel y, solícitamente, el portero uniformado acudía también en su ayuda, junto con un taxista—. Lo importante es que no ocurrió. Eso debe bastarnos... por el momento.

Rechazó la joven toda ayuda, asegurando que se encontraba perfectamente, salvo unos roces en las rodillas y; un rasguño en el brazo derecho, al caer. Frunciendo el ceño, miró de soslayo a su compañero.

—¿Siempre conducen así en su país, Dennis? —quiso saber.

—No somos perfectos, pero tampoco llegarnos a esos extremos —sonrió él, recuperado su sentido del humor ante la muestra de ironía de la joven—. Sospecho que esa furgoneta no estaba aquí por casualidad, ni hizo esa maniobra asesina por error o fallo mecánico. —¿Sospecha que se trató de un atentado?

—¿Usted no?

—Claro que sí. Pero ¿es que es tan conocido usted en Londres como para que todo el mundo quiera matarle a usted o a quienes acompaña?

Dennis sonrió, aunque sus cejas se unieron con un fruncimiento de preocupación. Llevó a Nancy al interior del hotel y manifestó entre dientes por el camino:

—La verdad es que nadie, o casi nadie, sabe que Dennis Stracey es otra cosa que un caballereito rico y desocupado. Si han atentado contra usted, es quizá porque a usted si la conocen.

—Imposible —rechazó ella—. Juraría que nadie sospecha mis auténticas ocupaciones.

—¿Ni siquiera El Reptil? —sugirió él suavemente.

Ella se estremeció. Luego meneó la cabeza en sentido negativo.

—Ese ser no puede resultar un adivino —se quejó—. Tanto usted como yo aparentamos ser algo muy diferente a lo que somos. ¿Quién puede estar en el secreto? Después de todo, hay que suponer que El Reptil es humano.

—Un humano que sabía a qué se ocupaba el asesino profesional Miller, el agente McCaine e incluso el insospechado Skorpio —manifestó Dennis con preocupación—. Empieza a inquietarme ese personaje, créame.

—A mí ya me inquietaba cuando salí de Nueva York. Estoy segura de que ese intento de arrollarme fue cosa suya. Por tanto, o me ha seguido hasta aquí... o tiene aliados en todas partes, dispuestos a cumplir sus órdenes.

—Esa furgoneta seguía nuestro camino desde la terminal —recodó Dennis cuando llegaban a recepción en el amplio y suntuoso *hall* del hotel—. La vi en dos o tres ocasiones y no le concedí importancia. Es obvio que nos seguía.

—De modo que estamos en desventaja. Ellos saben quiénes somos. Y nosotros no sabemos con qué clase de persona o de organización nos enfrentamos.

Dio su nombre, y el conserje, afablemente, le confirmó su reserva en el piso tercero, entregándole la llave número 307. Ella firmó en el registro y rellenó unos breves datos. Al recoger la llave, le sorprendió que el conserje entregara con ella un sobre cerrado.

—¿Para mí? —se extrañó Nancy.

—Evidente, señorita Danton —sonrió el empleado—. Lleva su nombre...

Era cierto. Escrito a máquina, se leía en el sobre: Srta. Nancy Danton. Habitación 307.

Cambió una mirada de perplejidad con Dennis. Éste, aunque con rostro preocupado, sonrió al comentar:

—Tal vez el Gobierno de Su Majestad le da la bienvenida a suelo británico. Acostumbramos a ser muy cumplidos.

Ella no dijo nada. Abrió el sobre y extrajo una hoja de papel doblada. La desplegó, leyendo con rapidez. Dennis, discreto, se limitaba a observar la expresión de ella. Captó un leve tic en un párpado, un destello fugaz en los verdes y bellos ojos femeninos, y una crispación en sus carnosos labios.

—¿A esto le llama usted cumplido británico? —preguntó con sarcasmo.

La nota estaba también mecanografiada. A Dennis le recordó otra muy semejante, allá en la tienda de antigüedades de Lambeth.

Tenía muy breves líneas. Y muy expresivas:

«Señorita Danton:

Como podrá suponer, de haberla querido matar, lo

hubiéramos hecho. Esto era sólo un aviso. Para usted y para su amigo.

No se enfrenten a mí. Es un buen consejo.

»*El Reptil*».

—Increíble, ¿no? —Fue el comentario de Nancy ante el silencio de Stracey.

—Del todo. Este tipo sabe siempre cómo van a ocurrir las cosas —murmuró él, meneando la cabeza. Miró al conserje, dando unos pasos hacia él, e indagó—: ¿Sabe a qué hora y qué persona entregó este mensaje?

El conserje consultó con otro empleado de recepción y luego respondió:

—Lo trajo un muchacho hará cosa de un par de horas, señor.

—Gracias. —Dennis arrugó la frente al mirar a Nancy—. Ya ha oído. Hace dos horas. Al menos tuvo que escribirlo hace dos horas y media. En ese momento, usted sobrevolaba el mar sin duda. Y yo me disponía a ir a recogerla a la terminal, conforme a lo convenido. ¿Qué conclusiones se pueden sacar?

—Que El Reptil sabía que usted iba a recogerme, que yo llegaba en ese vuelo, que ambos somos lo que somos y hacemos lo que hacemos... y que la furgoneta iba a precipitarse sobre mí, pero sin llegar a arrollarme aunque usted no hubiese intervenido.

—Exacto —suspiró el joven inglés—. Es lamentable dejar de hacer el papel de héroe salvador, de romántico caballero andante, ¿verdad?

—Usted se lo toma todo a broma, Dennis. Y esto dista mucho de ser una broma. Ese Reptil lo sabe todo. Lo prevé todo. Y se adelanta a nuestros planes. No resulta nada alentador, la verdad.

—Si no fuese porque debemos considerarlo un enemigo, y bastante peligroso, me descubriría ante un tipo tan listo y tan efectista en sus trucos.

—Ese mensaje y lo de la furgoneta no son sino un aviso. Y una clara amenaza a la vez.

¿Qué puede ocurrir si seguimos adelante? Parece dispuesto a todo...

—Y sin duda lo está —sonrió Dennis—. ¿Asustada?

—Un poco, la verdad. ¿Usted no?

—Posiblemente también. Pero tome nota de algo: hay alguien más que posiblemente esté tan asustado como nosotros.

—¿Quién? —se extrañó ella.

—El Reptil —sonrió Stracey.

—¿Bromea? Esa nota no es la de un hombre asustado, sino de una amenaza latente.

—Aun así, juraría que El Reptil también puede sentir miedo. Amenazar es, a veces, un medio de ocultar la propia debilidad...

* * *

Sir Henry Bakerfield, del Intelligence Service, contempló ceñudo a sus visitantes.

—De modo que no tenemos ventaja alguna en este juego. Más bien al contrario...

—Yo diría que completamente al contrario, señor —manifestó respetuosamente Dennis—. Sabe quiénes somos, y nosotros no sabemos virtualmente nada sobre él o sobre su posible organización.

—Esta operación se llevó con el máximo sigilo —advirtió *sir* Henry con gesto malhumorado—. Hablé hace un momento con el ministro del Interior y con el del Foreign Office. Ambos están de acuerdo en que usted es el agente menos conocido de todo el Departamento. En cuanto a la señorita Danton, tenemos referencias de los Estados Unidos sobre el virtual desconocimiento que todos los sistemas de Inteligencia poseen sobre su persona y actividades, ya que sus frecuentes viajes se enmascaran muy bien con su aparente actividad de diseñadora de modas y modelo de alta costura de sus propias creaciones.

—En esta ocasión fingía visitar Inglaterra como simple turista —señaló ella.

—Lo sabemos. Turismo y diseño de modas parecen ocupar todo el tiempo de Nancy Danton. No hay por qué sospechar otra cosa. Y sin embargo...

—Sin embargo, El Reptil lo sabe —concluyó ella con un suspiro.

—Así es —afirmó *sir* Henry, sombrío—. Me pregunto si hay algún traidor en nuestro departamento o en su organización,

señorita Danton. Eso lo explicaría todo.

—¿Un traidor? —Dennis levantó la cabeza sobresaltado—. Eso es ridículo. Tanto ella como yo pertenecemos a una sección de personal altamente seleccionado y archivos ultrasecretos. Pensar en un traidor a ese nivel, sería monstruoso.

—Supongo que sí —sonrió tristemente *sir* Henry—. Sería, por ejemplo, como imaginar que yo puedo ser ese traidor. O lord Durham. O *sir* Lionel Standish. O el muy honorable William Haversham...

—Igual sucede en mi país —dijo Nancy, pensativa—. Tan sólo el Secretario de Justicia, las altas instancias de la CIA y dos o tres asesores presidenciales, entre ellos su jefe de Seguridad, conocen datos sobre mi persona. Resulta ridículo pensar en alguno de ellos como traidor».

—Y sin embargo... —*Sir* Henry se encogió de hombros—. De algún modo tiene acceso El Reptil a los máximos secretos de la Inteligencia británica y norteamericana, señorita Danton.

—Un momento, *sir* Henry —intervino Dennis—. Que yo sepa, ni la CIA ni nosotros sabíamos gran cosa sobre Skorpio. Y, sin embargo, *él si lo sabía*.

—Eso es cierto —admitió *sir* Henry, ceñudo—. ¿De dónde pudo obtener tal información?

—También está el caso de Howard Miller en mi país —terció Nancy—. Para todo el mundo, incluida su esposa y sus vecinos, era un respetable viajante de comercio. No figuraba en archivo alguno, no tenía antecedentes policiales... Sin embargo, El Reptil sabía que era un ejecutor por contrato, un asesino profesional altamente especializado. ¿Cómo llegó a esa conclusión?

Hubo un profundo silencio en la estancia. *Sir* Henry paseó por ella inquieto, deteniéndose ante una de las ventanas para contemplar el río serpenteando entre los edificios grises de la ciudad.

—No lo entiendo, la verdad —confesó—. Estamos todos desconcertados. Y ustedes en serio peligro. El Reptil puede golpear de nuevo. Les conoce y sabe cómo hacerlo...

—Habrà que buscar soluciones de emergencia al problema —señaló Dennis.

—¿Existen soluciones? —dudó *sir* Henry.

—Tengo una cierta idea que me falta redondear aún. En cuanto al Reptil y su extraño conocimiento de altos secretos... también se me ha ocurrido algo.

Ambos le miraron, vivamente interesados. Nancy enarcó las cejas. *Sir Henry* demandó impaciente:

—¿Qué se le ha ocurrido? Hable, hombre de Dios, no nos tenga sobre ascuas...

Stracey se incorporó, yendo a servirse una copa de oporto del mueble donde *sir Henry* tenía alineadas botellas y copas para atender a sus visitantes. Tomó un sorbo, regresó lenta mente hasta ellos y comenzó a hablar:

—Admito que puedo estar equivocado y no conducirnos a nada mi proyecto. Pero es mejor que nada, y vale la pena intentarlo. Vivimos, por suerte o por desgracia, en una época en la que la tecnología nos facilita muchas de las cosas que podemos hacer. Y entre esa tecnología, la Cibernética ocupa un lugar destacado.

—¿Adónde quiere ir a parar? —Se irritó *sir Henry*.

—Señor, estoy enterado de que el Departamento ha instalado recientemente una computadora que es realmente portentosa.

—¿«Maggie»? —indagó *sir Henry*, curioso.

—Eso es. La nada dulce ni cálida Maggie —sonrió Dennis Stracey—. Un cerebro electrónico capaz de almacenar información del mundo entero y de retener en su memoria electrónica cientos de millones de datos perfectamente clasificados. ¿Por qué no recurrir a «Maggie» para que nos eche una mano, si es posible?

—No veo cómo. ¿Qué información podríamos darle?

—Justamente la que tenemos, *sir Henry*: el nombre de unas personas muertas. Y añadiríamos otros dos nombres más: el mío y el de la señorita Danton.

—¿Qué ganaríamos con ello?

—No lo sé. Pero imaginemos que El Reptil no es ningún superdotado, sino un agente secreto sumamente listo, alguien que conoce muy bien los entresijos de nuestras vidas por la sencilla razón de que alguna vez ha coincidido por la razón que sea con uno o con varios de nosotros. Bien. Entonces, si esa computadora posee toda la información archivada en el Departamento de inteligencia dé Su Majestad, podría ocurrir que un dato común a todos esos nombres facilitados a la máquina, surgiera como respuesta del

ingenio electrónico a nuestra pregunta. Ese dato podría ser el eslabón que buscamos, algo que pueda unir al misterioso Reptil con el ejecutor Miller, el agente McCaine, el espía Skorpio... y nosotros dos.

O uno de nosotros dos, cuando menos.

—¿Por qué sólo uno? —objetó Nancy—. Ese mensaje iba a mi nombre, pero parecía conocer bien a ambos. Y se nos dirigía en plural, evidentemente.

—Soy de la opinión que si conocía a uno solo de nosotros dos lo suficiente como para interceptar mensajes, códigos cifrados o intercambio de información, le era relativamente sencillo localizar e identificar sin error posible al otro.

—Sí, eso es factible. Pero no veo de qué modo pueda relacionarme yo con El Reptil. Que yo sepa, nunca tuve nada que ver con agente alguno de ese nombre...

—Yo tampoco —sonrió Dennis—. Pero hablamos de los que conocemos conscientemente. Tal vez usted o yo hemos olvidado algo, un dato aparentemente sin importancia alguna, que nos relacione con ese alguien que se llama a sí mismo El Reptil, puesto que sabemos que no existe agente alguno con ese nombre, conocido en el ámbito del espionaje internacional. Su memoria o la mía no recordarían el dato, por haberse alojado en el subconsciente. Pero una máquina no distingue de esas cosas. Si tiene almacenado el dato, lo facilita fríamente, y asunto concluido.

—De modo que usted habla de barajar los nombres de Miller, McCaine, Skorpio, usted y la señorita Danton... con El Reptil.

—Eso es Y esperar a ver qué dice la simpática «Maggie», *sir* Henry.

—Bueno, a falta de otra cosa, no se pierde nada con probar —el alto funcionario británico meneó su canosa cabeza con escepticismos—. Pero me terno que no lleguemos a ninguna parte con todo ellos, Stracey.

—En ese caso, no haremos sino regresar al punto donde estamos ahora —sonrió él, encogiéndose de hombros—. No habremos perdido absolutamente nada, salvo un par de horas o más.

—Está bien. Vengan conmigo —invitó *sir* Henry—. Hablaremos con lord Durham, que se ocupa de la informática del departamento. Creo que no habrá problemas para consultar a «Maggie» sin pérdida

de tiempo.

CAPÍTULO V

«Maggie» era realmente portentosa.

Ocupaba toda una planta de un edificio especialmente destinado a los Servicios de Inteligencia de la Corona, y resaltaban sus paneles parpadeantes y los tambores de sus cintas magnéticas sobre el fondo azul cobalto de las moquetas de suelos y paredes.

Un constante zumbido hablaba a las claras de la actividad infatigable del ingenio electrónico, ante el cual se movían media docena de hombres y mujeres con blancas batas, manipulando ordenadores, programadores y cuantos medios precisaba la computadora para facilitar la información requerida o para alojarla en su enorme cerebro mecánico.

Un joven ingeniero electrónico atendió a *sir* Henry, a lord Durham y a los visitantes con ostensible deferencia. Tras escuchar las explicaciones de Dennis Stracey asintió, apresurándose a responder:

—Sí, pueden darme todos esos nombres y yo los programaré adecuadamente. Haremos simultáneamente dos programaciones o tres, suprimiendo algunos nombres y añadiendo luego otros, hasta que obtengamos una respuesta concreta... si es que la hay.

—Muy amable. —Dennis le tendió una lista mecanografiada—. Éstos son todos los nombres. Pero no deje de incluir siempre, sin excepción, el de El Reptil.

—Así lo haré, señor.

Convertidos en fichas perforadas, los diversos nombres pasaron a ser engullidos por la memoria electrónica. Los tambores de cinta magnética comenzaron a rodar. En las pantallas fluorescentes desfilaban datos y cifras incoherentes.

La prueba duró casi hora y media. Al final de la misma, el

ingeniero electrónico extrajo la última hoja perforada de la máquina y la mostró a sus visitantes.

—Lo siento, caballeros —dijo—. Como ven, no hay absolutamente nada.

—Nada...

Desolado, Dennis Stracey contempló perplejo la larga hoja en limpio, y la frase final reproducida por la computadora, como conclusión definitiva:

RESPUESTA NEGATIVA. NO EXISTE INFORMACION

—Bueno, otra cosa hubiera sido una especie de milagro —comentó *sir* Henry, tratando de tomarse las cosas con filosofía—. Valió la pena intentarlo, Stracey. ¿Vamos ya?

—Nada... ¡Nada! —repetía Dennis como obsesionado; estrujó la hoja de papel y la arrojó airadamente a un cesto de residuos—. Tenía que haber algo, por pequeño que fuese, algo, lo que fuere... pero algo... No tiene sentido. ¿En qué puedo haberme equivocado?

—Vamos, vamos, amigo mío, no es un fracaso tan grande —terció lord Durham con un asomo de sonrisa—. Opino como *sir* Henry. Era confiar demasiado en la suerte.

—No se trata de suerte, lord Durham —rechazó Dennis—. Algo me dice que existe una relación entre esos nombres, que no es posible que El Reptil sepa tantas cosas de gente tan difícil de identificar y localizar...

—Mi querido Dennis, está desorbitando este pretendido fracaso —dijo suavemente Nancy, poniendo una mano en su brazo afectuosamente—. Después de todo, no es sino una contrariedad más. La máquina no tiene por qué saber cosas del Reptil, cuando en realidad nadie sabe nada de él, ni siquiera consta su nombre en parte alguna...

—¡Eso es! —clamó bruscamente Dennis, sobresaltando incluso a los empleados del departamento de informática—. ¡Usted lo ha dicho. Nancy, bendita sea! ¡Usted ha dado con la clave!

—¿Yo? —se sorprendió ella—. ¿Qué clave?

—El Reptil... Es el nombre que sobra —dijo excitadamente Dennis—. Porque la máquina no sabe que existió antes alguien llamado El Reptil. Su nombre ha surgido por vez primera en relación con la muerte de Miller camino de Albany, ¿recuerda? Por

tanto, no hay datos computados sobre El Reptil. Pero sí sobre Miller. McCaine, Skorpio, yo, usted... Por favor, ¿podemos probar de nuevo, pero esta vez suprimiendo el nombre del Reptil de esa lista?

—Si usted quiere... —Lord Durham parecía contrariado por tener que volver al principio—. Pero ¿qué espera que le facilite la máquina en esta ocasión?

—Algo que relacione a Miller, a McCaine, a Skorpio... conmigo o con la señorita Danton. Y con alguien más, evidentemente. Alguien que usa el alias de El Reptil, pero que forzosamente ha de tener otro nombre. Un nombre que podría estar memorizado ahí...

—Está bien —suspiró lord Durham cambiando una mira da perpleja con *sir* Henry—. Adelante. Comiencen de nuevo la operación, por favor...

El ingeniero recogió la lista de nombres. A petición de Dennis, sólo hizo dos programaciones. En una figuraba su nombre. En la otra, el de Nancy Danton. Y esperaron, mientras la máquina zumbaba a toda presión, registrando en su memoria aquellos datos, para encontrar en su archivo un factor común a todos los nombres programados.

En silencio, como hipnotizado, Dennis Stracey clavaba sus ojos en la máquina, esperando con avidez la aparición de la hoja perforada con los datos finales. Nancy, a su lado, había crispado sus delicados dedos sobre el brazo del joven, tan impaciente como él. Sólo *sir* Henry y lord Durham mantenían ahora una actitud fría y distante, como si no esperasen nada de aquella nueva experiencia.

Esta vez se equivocaron totalmente. Un grito ronco de Dennis Stracey, cuando la hoja perforada final emergió de la máquina, les reveló que sí había algo.

—¡Aquí lo tenemos! —clamó—. ¡La máquina nos facilita datos, señores!

Todos, incluido el propio ingeniero electrónico, se precipitaron hacia la hoja que, nerviosa, rápidamente, Dennis se había apresurado a arrancar, mostrándosela a todos. En ella, aparecían inicialmente los nombres programados.

HOWARD MILLER

FRANK McCAINE

BENJAMIN ROGERS, «SKORPIO».

Y.

DENNIS STRACEY

—¡Yo! —murmuró Dennis—. Era yo...

Acto seguido, su dedo excitado señaló la línea de información facilitada por la computadora. Eran los datos que formaban el denominador común a todos aquellos nombres.

HONG KONG. 1971

RUTLEDGE FOX

—¡Rutledge Fox! —exclamó Dennis, estupefacto—. ¡Rutledge Fox... es el denominador común a todos nosotros!

—Cielos... —jadeó *sir* Henry, palideciendo—. Rutledge Fox... Nuestro mejor agente de todos los tiempos... pero está muerto, Stracey. Murió en Hong Kong en 1971, durante la guerra de Vietnam...

* * *

El dossier mostraba el nombre, escrito con rotulador negro, en trazos gruesos sobre la cubierta de plástico:

RUTLEDGE FOX

Debajo, con un tampón rojo, se había impreso una palabra recuadrada:

MUERTO

—Nunca creí, señores, que tuviera que desempolvar este dossier —señaló *sir* Henry Bakerfield con voz cansada, abriendo la tapa delantera del mismo—. Rutledge Fox fue un nombre de leyenda en nuestro Departamento. Uno de los mejores agentes de todos los tiempos, como les dije antes. Pero hace casi diez años que murió. Éste es todo su historial. Brillante, casi deslumbrante, diría yo.

Nadie obtuvo tantos ni tan sonados éxitos como Rutledge. Rusos, americanos, franceses y de todas las nacionalidades, estaban admirados por su capacidad y facultades.

—¿Cómo murió? —quiso saber Nancy Danton.

—Destrozado por una bomba de plástico, junto con una amiguita suya que se supone era su amante, en un hotel de Hong Kong, en los días de la guerra del Vietnam, cuando todo el Oriente era un hervidero de agentes secretos de todos los países. Rutledge Fox había estado en Camboya y Laos poco antes. En Hong Kong tenía que establecer contacto con un viejo camarada suyo, un agente secreto francés. Antes de producirse el contacto, la explosión mató a ambos, a Fox y a su amiguita. Judith Osborn. Fue el final de un gran agente secreto. Y demostró que nadie en este mundo es indestructible, y que James Bond y gente así sólo son producto de la imaginación febril de un escritor, pero jamás se dan en la realidad.

—¿Por qué la máquina electrónica lo relacionó con todos los demás? —preguntó Dennis gravemente.

—Aquí constan los hechos —suspiró *sir* Henry, buscando ese punto en el dossier—. Ya les dije que eran tiempos revueltos en Asia. Allí estaba McCaine, de la CIA, en misión especial. Y un asesino a sueldo, Howard Miller, pagado por una determinada potencia para un atentado político en Saigón, que por cierto frustró nuestro brillante Fox.

—¿Y Skorpion?

—Al parecer, también actuaba allí, a cuenta del mejor postor, como siempre. Su nombre, según el dossier de Fox, fue citado por confidentes de éste, como instalado por un tiempo en un cuartel general de Phnom Penh, aunque con frecuentes viajes a Hong Kong.

—Entiendo. ¿Pudo ser Skorpion quien utilizó el explosivo contra Fox? —sugirió Dennis, profundamente pensativo.

—Pudo ser, si —*sir* Henry se encogió de hombros—. Jamás se supo quién causó su muerte. Pero se acusó a agentes del Vietcong y de alguna potencia del Este interesada en ello, aunque tenemos informes de la KGB de que ningún agente soviético atentó contra él.

—Ahora llegamos al punto más oscuro de ese informe de la máquina —apuntó Nancy, mirando con cierto aire divertido a su colega inglés—. ¿Qué hacía usted en Hong Kong en 1971, Dennis?

—¿Yo? —Él se echó a reír suavemente, sacudiendo la cabeza en

sentido negativo—. Nunca estuve allí por esas fechas, Nancy.

—¿Entonces...?

—Se trata de otro Dennis Tracey: mi padre —suspiró el joven agente inglés.

—¿Su padre? —se asombró Nancy.

—Sí. La casualidad no deja de ser graciosa. Mi padre fue siempre un impenitente viajero del mundo. Le gustaban los países exóticos, los lejanos lugares del planeta. Pero la verdad es que fue siempre un pillo sin muchos escrúpulos, pese a su condición social, y lo que hacía era ampliar su fortuna allí donde era posible y por el modo que fuese.

—¿Habla usted así de su padre, de un caballero con el apellido Tracey? —se escandalizó *sir* Henry, abriendo muchos los ojos.

—*Sir* Henry, por Dios, no soy un mojigato ni un tonto —rió Tracey—. Mí padre fue siempre un pillo y lo admitía de buena gana cuando yo se lo decía. Ya va siendo tiempo de que en nuestro puritano país se llame a cada cosa y a cada persona por su nombre, sin ninguna hipocresía. Mi padre triplicó o cuadruplicó su fortuna comerciando en armas con ciertos países como Vietnam, y se murió tan tranquilo, sin sentir el menor arrepentimiento por ello. La buena sociedad británica gusta de ocultar siempre esas cosas, pero no veo la razón de enmascarar la verdad hasta tal punto. ¿Sabe cómo expiró mi digno papá, *sir* Henry? Guiñándome un ojo y reconociendo que había sido siempre un perfecto granuja, capaz de burlarse de todas las normas sociales y humanas con cierta elegancia y sin ningún escrúpulo. Se lamentó de que yo fuese a dejar mal a la familia al ser un hombre honesto toda mi vida.

—Bueno, bueno, dejemos eso —carraspeó *sir* Henry, confuso.

—Lo cierto es que papá estuvo en Hong Kong por entonces vendiendo armas a los guerrilleros vietnamitas, sospecho que a uno y otro bando por igual, y que Rutledge Fox, en busca del traficante de armas, debió encontrarse con mi padre y, muy correctamente británico él, optó por silenciarlo oficialmente, si bien recomendó a papá que no siguiera con ese tráfico. ¿Me equivoco?

—No, no —volvió a toser *sir* Henry Bakerfield—. Correcto en todo. Aquí está ese informe, como estrictamente confidencial. Ahora ya sabemos la coincidencia de nombres...

—Pero ¿qué tiene que ver todo eso con El Reptil? —se lamentó

Nancy—. No aparece por parte alguna...

Sir Henry volvió a carraspear, cambió una mirada tímida con Dennis Stracey, y logró al fin articular, tras leer un párrafo del dossier de Fox:

—Creo que puedo responderle a eso, señorita Danton.

—¿De veras? —ella le contempló, intrigada.

—Sí. Aquí tengo un informe de un agente nuestro en Vietnam, que investigó la muerte de Fox y sus extrañas circunstancias nunca aclaradas. Allí, a través de varios nativos de Saigón y de Hong Kong, supo que los asiáticos habían aplicado un nombre, un apodo determinado a Rutledge Fox. Un apodo que en Inglaterra nunca fue conocido.

—Y ese apodo era... El Reptil —concluyó Nancy, dominando su estupor.

—Así es —suspiró el alto funcionario de Inteligencia—. Según este dossier, Rutledge Fox era El Reptil.

Hubo un profundo silencio en la estancia. Dennis apuntó débilmente:

—Pero Fox está muerto.

—Sí —admitió *sir Henry*, abatido.

—Y El Reptil no.

—Eso parece...

—*Sir Henry*, ¿tenía familia Rutledge Fox?

—Si —afirmó *sir Henry*—. Un hermano y una cuñada. Viven en Londres todavía.

—¿Nadie más que esté con vida le conoció?

—Sí. Su amigo francés, el agente del Deuxième Bureau con quien debía contactar en Hong Kong... Un tal Claude Renée.

—Muy bien. —Dennis se puso en pie con brusquedad—. Nancy, vamos a hacer algo los dos.

—¿Qué, exactamente?

—Usted, como diseñadora de modas que es, hará un viaje a París. Nada extraordinario para una mujer de su profesión, ¿no? Y tratará de ver a ese hombre, a Claude Renée.

—¿Y usted?

—Yo buscaré al hermano y la cuñada de Fox en esta ciudad.

—De acuerdo. ¿Qué buscamos exactamente? —quiso saber ella, fija su verde mirada en él.

—Al Reptil, por supuesto.

—Pero si Fox era El Reptil, y Fox está muerto... —argumentó *sir* Henry.

—Eso es lo que quiero tratar de averiguar. Si El Reptil vive... ¿por qué no vive Rutledge Fox? Nancy, tenemos que saber, de una vez por todas, si Rutledge Fox está realmente muerto.

—Sí, Dennis —afirmó ella gravemente—. Pienso lo mismo.

CAPÍTULO VI

Claude Renée se había retirado ya de la vida activa. Nancy Danton fue informada de ello en el Deuxième Bureau francés por un alto funcionario de la organización de inteligencia francesa.

Actualmente ocupaba un piso antiguo en la Rué Rivoli, no lejos del Louvre. Nancy tomó nota de sus señas y se encaminó en esa dirección, contemplando pensativa, abstraídamente, la belleza de los monumentos y bulevares parisinos durante la marcha del taxi a través de la capital francesa.

Bajaron por el Boulevard Haussman, pasaron ante la Opera y descendieron hacia la Madeleine, descendiendo luego por la Rué Royale. Nancy suspiró nostálgicamente al cruzar ante las puertas de Maxim's,

recuerdo vivo de una lejana cena en compañía de un enamorado de quien nunca llegó a saber nada más, y dejando atrás la Plaza de la Concordia se internaron por la Rué Rivoli en dirección a la Bastilla.

—Ahí es, *mademoiselle* —dijo el taxista, deteniéndose ante una vieja edificación de ancho portal umbrío, del que partían dos grandes escalinatas laterales, visibles desde la calle, intercaladas en una especie de corta galería de tiendas.

Ella pagó, abandonando el vehículo e internándose en la galería. Abundaban en ésta las tiendas de arte, explotadas por marchantes de mediana categoría, en mescolanza con un par de perfumerías y una librería con profusión de tarjetas postales para turistas a la venta.

En sus señas figuraba la dirección de Claude Renée en la escalera izquierda, piso segundo, puerta primera. Subió decidida las amplias y viejas escaleras en ese sentido, tras comprobar que el nombre del ex agente francés figuraba en el buzón del vestíbulo.

Llegó ante una de las puertas, alta y ancha, provista de un viejo timbre ruidoso, que retumbó dentro del piso con estridencias molestas. Pese a ello, nadie acudió a franquearle la entrada a la joven agente norteamericana.

Nancy Danton miró en torno al oscuro rellano de la escalera e insistió en su llamada, impaciente. Tampoco hubo respuesta. Posiblemente tendría que esperar si se hallaba ausente el que fuera amigo de Rutledge Fox.

Suspiró, dando luz a una pequeña linterna para ver mejor una tarjeta situada en la puerta dentro de un recuadro metálico. También allí estaba el nombre de Claude Renée. Debajo, se aclaraba escuetamente: «Investigación privada. Informes confidenciales».

—De modo que es eso —murmuró Nancy, apagando la linterna y apoyando su hombro en la hoja de madera descuidadamente—. El viejo zorro retirado se dedica a labores semejantes por cuenta propia...

Hubo un chirrido. La puerta había cedido a su presión, casi sin darse cuenta, una oscura rendija se abría en la entrada al piso. La miró, reflexiva y con cierta sorpresa.

—La puerta abierta —murmuró—. No creo que París sea tan seguro como para ausentarse dejando el piso a merced de los demás...

Probó un poco más, apoyando su mano en la puerta. Ésta cedió con otro crujido de madera vieja y bisagras sin engrasar. La rendija se hizo más ancha. Y su preocupación también.

—¡*Monsieur* Renée! —llamó. Y repitió hasta tres veces el hombre, sin que nadie se dignara responder. Entonces añadió, apartando sus últimos escrúpulos—: Bueno, allá voy...

Empujó del todo la puerta de modo decidido. En vez de la pequeña linterna esgrimió una chata pistola automática de pequeño calibre, pero suficiente para dejar seco a cualquiera a una distancia prudencial. Avanzó hacia el interior del piso, que parecía amplio, destartalado y no excesivamente cuidado.

Aunque era de día, todo aparecía oscuro. Los postigos estaban cerrados, evidentemente, sin dejar entrar la luz diurna parisina. El aire tenía un cierto tufillo a abandono, humedad y algo indefinible que no supo identificar de momento.

Su mano accionó los interruptores de la luz. Lámparas antiguas,

colgadas, de los techos artesanados, fueron alumbrando un mobiliario viejo y una total ausencia de indicios de una presencia femenina en aquella vivienda.

Así logró llegar hasta un despacho desordenado, repleto de estanterías llenas de legajos, libros y archivadores. Un teléfono reposaba sobre un mueble, una grabadora en otro, y finalmente, tras una mesa despacho vetusta, cubierta de polvo, Nancy descubrió lo que había venido a buscar y que, en cierto modo, ya presentía desde poco antes, a la vista de lo que iba encontrando.

Claude Renée, si realmente era él, como Nancy imaginó, estaba allí. Frente a ella. Pero se quedó igual cuando ella encendió la luz y se aproximó a su persona. La estancia tenía un fuerte olor a algo desagradable. Algo como la muerte...

Porque el dueño del piso estaba muerto sin el menor asomo de duda. Sentado en su silla de respaldo alto, la mirada vidriosa fija aparentemente en ella, el hilo de sangre corriendo por la comisura de sus labios yertos, blancos y prietos. Ahora sí pudo Nancy identificar el aroma indefinible de primera hora. Era la propia muerte. El cuerpo empezaba a presentar síntomas de descomposición. De sus fosas nasales surgía un desagradable líquido amarillento. Una mosca zumbaba en alguna parte, olfateando la corrupción cercana.

Nancy dominó sus náuseas. Era una muchacha valerosa. Rodeó el cuerpo inmóvil, erguido en la silla. Contempló absorta su espalda, sin sorprenderse. Había supuesto algo así.

La empuñadura de un machete asomaba de entre sus omoplatos, sepultada el arma hasta la cruz, de arriba abajo. No sólo debió atravesar sus pulmones, sino también partirle el corazón en su trayectoria. La propia cruz del machete sujetaba el cuerpo al respaldo enrejado de la silla, en esa posición.

Los verdes ojos de Nancy se fijaron en algo sobre la mesa desordenada. El único objeto que tenía cierta simetría en medio de tanto papel revuelto: una tarjeta blanca, de cartulina, sin membrete alguno. En ella se había mecanografiado una sola frase, fría y significativa, con una breve firma también escrita a máquina:

«Llegan tarde, ¿verdad? *El Reptil*».

Y junto a esa tarjeta, Nancy, tras un estremecimiento, pudo leer

mientras su mano se crispaba en torno a la culata de su pequeña pistola, un viejo recorte de un periódico inglés, con un titular significativo:

**«¿FUE TRAICIONADO EL AGENTE BRITANICO RUTLEDGE FOX POR UN
COLEGA Y AMIGO DE OTRO PAIS?»**

La noticia se fechaba en Hong Kong, en 1971, por un corresponsal de nombre británico y de sexo indudablemente femenino: Cheryl Seymour. El recorte pertenecía a un semanario inglés de sucesos, llamado *Weekly News*, según pudo advertir.

Y la idea la asaltó inmediatamente, mientras contemplaba el cadáver y dirigía su mano al teléfono para comunicar con la policía francesa:

—¿Fue Claude René el traidor que vendió a Rutledge Fox a sus enemigos?

No había respuesta para esa pregunta. Sólo dudas.

De lo único que Nancy Danton estaba segura era de que El Reptil, una vez más, había previsto los movimientos del adversario, como un buen jugador de ajedrez, y se había anticipado a ellos...

* * *

—Sí, señor Stracey. Yo soy el hermano de Rutledge Fox. Mi nombre es Gareth Fox. Ésta es mi esposa Amanda...

Dennis hizo una leve inclinación al besar la mano de la dama, tras estrechar la de su esposo. Se comportaba como el perfecto caballero que siempre era. Amanda Fox se limitó a sonreírle vagamente, desde su hermoso rostro bronceado, enmarcado por una negrísima cabellera de reflejos azules, en contraste, eran intensamente azules.

—Es un placer conocer a ambos, señores —dijo Dennis cortésmente—. Espero sepan disculpar la molestia...

—No nos molesta en absoluto —aseguró el hombre alto, vigoroso, de cabellos entre rubios y canosos, patillas largas y bien cuidadas, ojos claros, aunque no tanto como los de su bella y exótica esposa, e impecable aspecto de *gentleman*—. Pero temo no comprender a qué debemos el honor de esta visita, señor Stracey.

Su nombre es muy conocido en la alta sociedad londinense, pero que yo sepa no habíamos tenido contacto alguno antes de ahora.

—Está en lo cierto, señor Fox —sonrió Dennis recurriendo a sus más cautivadores modales—. Nadie nos presentó hasta ahora, ni creo que hayamos coincidido en lugar alguno, pero existe un motivo que me ha impulsado a visitarles en esta ocasión, esperando puedan ayudarme en algo.

—Por favor, acomódese, señor Stracey —invitó Fox, amablemente, señalando un sofá tapizado en cuero, bajo un Reynolds legítimo suntuosamente enmarcado—. ¿Un *brandy*, un *whisky*, un oporto, un jerez...?

—Oporto, por favor —aceptó él sonriente—. Es mi bebida favorita.

—Que curioso —la dama intervino, dirigiéndose al mueble-bar—. También lo es mía, señor Stracey Pero existe una razón de peso. Soy portuguesa de nacimiento.

—Ahora comprendo por qué alguien dijo que Portugal es tierra de bellezas naturales —apuntó muy oportuno Stracey.

—Muy gentil —sonrió ella, estudiándole con sus profundos ojos celestes, mientras servía unas copas y decía a su esposo—. Yo os atenderé, querido. Tú habías con el señor Stracey. Supongo que querrás un jerez, como siempre...

—Sí, por favor, cariño —aceptó Gareth Fox sin desviar su mirada curiosa de Dennis sentado ya frente a él—. Bien, usted dirá, señor Stracey...

—Se trata de su hermano, como habrá supuesto.

Gareth Fox humedeció sus labios. No pestañeó siquiera. —¿Rutledge?— puntualizó—. Está muerto, señor Stracey. —Lo sé.

—Hace más de nueve años que murió.

—También lo sé. En Hong Kong.

—¿Qué quiere saber de Rutledge? Todo se dijo en los periódicos. Su gran secreto en vida, fue del dominio público al morir. Ya no era necesario al sistema. Había sido el mejor espía del Gobierno de Su Majestad en los últimos años.

—Pero le asesinaron en Hong Kong en un atentado. ¿Cierto?

—Por completo. Fue un suceso muy difundido.

—No murió solo. Le acompañaba una mujer, según creo.

Amanda Fox se interpuso entre ambos, depositando las copas en

su sitio. Dennis observó su torso de perfil, recortándose contra la luz. Poseía unos pechos firmes y erguidos. Los ojos azules estaban fijos en él. Creyó captar un cierto brillo burlón, aunque la voz de la dama fue muy seria al intervenir:

—Judith Osborn —dijo ella—. Una bellísima mujer, señor Stracey.

—¿Su novia?

—No. Su amante —dijo fríamente Gareth—. Todos esperábamos que se casaran. Rutledge no quería.

—¿Por qué?

—Decía que su vida no era la adecuada para un hogar y una esposa. Tal vez tuvo razón.

No llegaron a tener hijos. Mejor para todos.

—No parece que le gustara mucho esa relación —apuntó Dennis, pensativo.

—No, nunca me gustó. Soy partidario de regular las situaciones de todo tipo —se explicó con sequedad Gareth Fox—. Detesto las relaciones ilegítimas.

—Es un puritano —sonrió con cierta ironía Amanda Fox—. Pero eso no debe confundirle. Amaba a su hermano Rutledge. Y no le caía mal Judith. Era una buena chica.

—¿Usted se hizo cargo de los funerales, según creo?

—Sí, por supuesto. No quise que fuese una cosa fríamente oficial, a cuenta del Gobierno. Yo era su única familia. Me ocupé de todo.

—¿Usted solo?

—Entonces no estaba casado aún —sonrió de mala gana Gareth—. Conocí a Amanda dos años más tarde, en Lisboa. Mi negocio son las exportaciones e importaciones. Algo mucho menos arriesgado y más prosaico que lo que hacía mi hermano, pero también exige viajar de sitio en sitio constantemente... —Se detuvo, pareció reflexionar sobre algo y luego contempló atentamente a su visita, para añadir, con tono distinto—: Pero me pregunto qué busca exactamente al hablar de mi hermano Rutledge y todo eso... y por qué usted, un hombre desocupado y a quien imagino sin relación alguna con mi familia, ha venido a verme con ese motivo, señor Stracey.

Dennis tenía preparada ya su excusa plausible en ese sentido, sin

necesidad de revelar a Gareth Fox su verdadera profesión:

—Verá, señor Fox. Mi padre, Dennis Stracey *sénior*, era por entonces traficante de armas en el Sudeste Asiático. Estaba en Hong Kong cuando mataron a su hermano y a su amiga Judith Osborn. Me habló de ello en algunas ocasiones, pero nunca le presté demasiada atención. Ahora es distinto.

—¿Por qué es distinto? —se interesó Gareth Fox, enarcando las cejas.

—Porque un amigo de mi padre, que ha regresado de Hong Kong en estos días, me dijo algo sorprendente que no podía pasar a creer después de cuanto mi padre contó al respecto. Ese algo es que... su hermano Rutledge Fox *aún vive*...

Fue como soltar una bomba de gran calibre en medio de la habitación.

Captó un grito ronco de Amanda Fox, y la copa de oporto de ella se hizo añicos en el bruñido *parquet* de la biblioteca. Su marido boqueó, como si le hubieran metido un directo seco al hígado, y no supo qué decir, pero su mano tembló, derramándose parte del dorado jerez seco sobre sus dedos y manga, sin que siquiera se diera cuenta de ello.

Un silencio mortal reinó en la estancia, mientras Dennis, indolentemente, tomaba un sorbo de su oporto, con las piernas cruzadas y la mirada aparentemente perdida en las vidrieras y anaqueleros repletos de volúmenes, de aquel suntuoso alojamiento frente a

Regent's

Park, domicilio de la familia Fox.

—¿Qué es lo que dice? —jadeó Gareth, logrando al fin recuperarse de su sobresalto, con evidentes dificultades—. ¿Está usted loco, señor Stracey? Eso no tiene sentido. Yo mismo asistí a los funerales, atendí a mi difunto hermano, trasladado desde Hong Kong en un avión militar de Su Majestad...

—Según creo, el explosivo plástico dejó irreconocible a ambos, tanto a su hermano como a la señorita Osborn —señaló apaciblemente Dennis sin inmutarse.

—Es cierto. Siempre ocurre con esa clase de explosivos. Pero había detalles inconfundibles en mi difunto hermano, señor Stracey: cosas que hacen indiscutible su identidad.

—¿Por ejemplo?

—Su dentadura, una operación en la rodilla derecha, un dedo torcido, en su mano izquierda, justamente el meñique... Esas cosas no se pueden falsear, señor Stracey.

Además, ¿quién tendría motivos para fingir una muerte que no fuese tal?

—No lo sé. Me han insistido. Hay gente que afirma que su hermano no murió.

—Es ridículo. Por otro lado, ¿en qué le afectarla a usted ese hecho?

—Verá... Siempre consideré que mi padre tuvo gran parte de culpa en que eso sucediera, porque traficaba en armas como la que causó la muerte de Rutledge Fox. Sería para mí y para mi familia un gran alivio saber que esa muerte no se produjo, pese a todo...

—Si su padre no hubiera traficado en armas, lo hubiera hecho otro. De hecho, había personas, organizaciones y hasta potencias mundiales vendiendo armamento o ensayándolo en la guerra de Vietnam, como sucede siempre en estos casos, señor Stracey. Su problema moral o de conciencia no tiene razón de ser, se lo aseguro. Personalmente, y aun estando totalmente seguro de la muerte de mi hermano, yo me guardaría mucho de culpar a su padre de nada. ¿Eso le basta?

—No del todo. Preferiría estar seguro absolutamente de ello. La posibilidad de que Rutledge Fox hubiera sobrevivido al atentado del hotel de Hong Kong y por cualquier razón de Estado permaneciese en secreto la noticia, o bien porque sufriera horribles mutilaciones o desfiguraciones, me había abierto una puerta a la esperanza...

—Si es así, ciérrela en seguida —replicó ásperamente Gareth, poniéndose en pie con brusquedad inesperada—. Le doy mi palabra de que el cadáver enviado desde Hong Kong era el de mi hermano, y no hay posibilidad alguna de que hubiera fraude o engaño en eso ni por los más serios motivos del mundo. Ahora mi hermano reposa en un lugar sagrado y tranquilo, y espero que así siga siendo, sin que ningún absurdo rumor turbe su reposo eterno, ¿me comprende?

—Perfectamente. —Dennis dejó su copa sin vaciar en la mesita y se puso en pie, entendiendo la indirecta—. Me hubiera gustado otra respuesta, pero acepto su sinceridad, señor Fox. Y les ruego de nuevo que disculpen mi visita, sobre todo por el molesto motivo

que acabo de exponerles...

—No se preocupe —cortés, pero frío, le escoltó hasta la puerta de la biblioteca—. Ha sido un placer sacarle de toda duda, señor Stracey. Hasta otra ocasión...

—Espera —le atajó Amanda—. Yo le acompañaré hasta la puerta, no tienes que molestarte tú, querido.

Y echó a andar ella, precediendo a Dennis en el camino hacia la salida.

Juntos, llegaron a la puerta de la finca. Amanda Fox le tendió su sombrero y su bastón. Dennis los tomó, clavando sus ojillos en ella. La señora Fox no pestañeaba. Sus pupilas celestes se clavaban en él con rara fijeza. La boca carnosa tenía un rictus voluptuoso cuando inesperadamente musitó:

—Me gustaría verle personalmente lejos de aquí, señor Stracey, lo antes posible.

Sorprendido, él miró en derredor y susurró rápido, depositando una tarjeta de visita entre los dedos de la hermosa dama morena:

—Estaré esta noche en casa. Entre nueve y diez. O mañana por la mañana, a las ocho.

—Nos veremos —afirmó ella, entornando lánguidamente sus ojos y apretando la ruano de Dennis—. Esta noche o mañana. Tenemos que hablar de Rutledge Fox, Porque es posible que tenga usted razón...

—¿Qué? —Dennis volvió a mirar en torno, preocupado—. ¿Qué dice, señora?

—Quizá viva —susurró ella, rápida—. Me gustaría que fuese así... porque le amé antes que a su hermano Gareth, ¿no lo sabía?

—No, claro que no —susurró él, mientras ella abría la puerta y le tendía la mano: Dennis la besó, con exquisita cortesía, y notó que los dedos de ella apretaban con rara fuerza los suyos—. Hasta pronto, señora...

—Buenas tardes, señor Stracey —dijo ella ahora en voz alta—. Ha sido un placer atenderle.

Dennis se alejó. Ella cerró la puerta. Entró en su dorado deportivo, con el gesto ensombrecido por sus preocupaciones. Condujo, rodando por Albany Street hacia Marylebone.

Iba pensando en Gareth y Amanda Fox. En su extraño comportamiento. Y, sobre todo, en la sombra de alguien llamado

Rutledge Fox, a quien algunos orientales llamaran en una ocasión El Reptil.

¿Era el mismo Reptil al que se enfrentaban ahora?

Y si era así... ¿cómo vivía El Reptil mientras Rutledge Fox reposaba bajo tierra inglesa desde hacía casi diez años, identificado sin lugar a dudas por su propio hermano?

Eran demasiadas preguntas. Y ninguna respuesta válida.

Giró a la altura de Longford. Justo en ese momento. La Muerte se presentó ante Dennis Stracey.

La muerte extraña, inquietante, sofisticada, fantástica casi...

CAPÍTULO VII

Súbitamente, de una calle transversal que se disponía a cruzar con su coche, surgió algo que, de momento, le sorprendió e intrigó.

Era una motocicleta plateada, con un motorista de plata.

Eso reflejaba, justamente, la impresión inicial que el vehículo le produjo, al aparecer a toda velocidad ante sus ojos. Y respondía bastante bien a la propia realidad, por sorprendente que resultara.

Porque la motocicleta, una máquina de grande cubicaje y potencia, era de estructura plateada brillante, con carenado propio de las máquinas de gran competición, y su extraño conductor vestía un mono plateado, totalmente cerrado con cremallera, desde los pies al cuello. Y de plateada superficie bruñida era su casco de motorista, bajo el cual unas enormes gafas de vidrios cóncavos cubrían totalmente sus ojos y casi todo su rostro. Las manos enguantadas se cerraban con fuerza en el manillar, conduciendo la motocicleta con firme dominio y lanzándola virtualmente hacia el coche dorado oscuro de Dennis Stracey.

Por un momento, el impacto pareció inevitable, dada la vertiginosa velocidad de la máquina, pero Dennis dominó su asombro inicial e hizo una rápida maniobra que evitó la brutal colisión. Siempre le quedó la duda de si, de haber fallado él en tal maniobra, el fantástico motorista plateado hubiese sido capaz de estrellarse contra la carrocería del Aston Martin, choque en el que una moto, inexorablemente, llevaría siempre las de perder.

Pero esa pregunta y su posible respuesta no pudieron preocuparle en los momentos siguientes, porque tuvo otras muchas cosas en qué ocuparse. La fundamental y más importante de todas ellas, salvar la vida.

Apenas evitando el impacto, aceleró, presintiendo un extraño

peligro en la presencia de tan inquietante jinete y tan poderosa montura mecánica. El coche deportivo salió disparado, pese a que en aquellas calles ya no podía utilizar legalmente tal velocidad.

Tras él, describiendo una rápida y fácil maniobra en escaso terreno, la motocicleta se inclinó, casi barriendo el suelo de lado, como en una pista de carreras, para lanzarse luego como un bólido en pos de su coche. Una rara e insólita carrera se inclinó en plena ciudad, ante el pasmo y sobresalto de otros vehículos, que debieron maniobrar a la desesperada o pegar bruscos frenazos para impedir que el deportivo dorado o la fulgurante moto de plata fuera a precipitarse sobre ellos.

Dennis encajó las mandíbulas, contemplando por el espejo retrovisor la persecución de que era objeto. El motorista plateado y su máquina iban detrás de él, en un suicida intento de competir con el deportivo dorado, en las nada seguras ni despejadas pistas de asfalto de Londres. Edificios, personas y vehículos desfilaban como simples manchas de color a ambos lados, en una carrera tan alocada como increíble. En distantes puntos, captó silbatos policiales advirtiéndoles de lo demencial de aquella competición que podía llevarles directamente a la tumba. Y no sólo a ellos, sino a cualquiera de los que se cruzaron en su camino.

Pero Dennis Stracey era un conductor fuera de serie, capaz de sortear los más inverosímiles obstáculos manteniendo con firmeza el control de su rápido vehículo en todo momento. Y por lo que podía observar, el misterioso motorista, cuyo rostro e identidad le era imposible captar, así como el propio sexo, tampoco le iba a la zaga en dominio y pericia de tales recursos.

La competición suicida era realmente hermosa, pensó Dennis con cierta morbosa complacencia, sonriendo duramente sin dejar de otear por el retrovisor a su sorprendente perseguidor. Y sin embargo, estaba seguro de que no era el afán de lucir su habilidad con la máquina lo que impulsaba al desconocido del atavío plateado a perseguirle tan obstinadamente. El instinto del joven agente británico le decía bien a las claras que era la Muerte misma lo que llevaba tras de sí.

Una forma de muerte que aún no había llegado a intuir, pero que sin duda estaba presente en la máquina y en su anónimo conductor del rostro enmascarado por las gafas y el casco de

motorista. Un nuevo y sofisticado empeño por matar que respondía a los métodos que empezaban a serle familiares en un enemigo digno de todo respeto y atención.

Ese enemigo, estaba seguro de ello, era El Reptil.

El personalmente, o alguien de su supuesta organización, cabalgaba en aquel potro desbocado, de metal argentífero, dispuesto a proyectar la muerte sobre él. Pero ¿en qué forma pensaba matarle? ¿Obligándole a estrellarse contra un muro o contra otro coche? Dennis se dijo que eso no iba a conseguirlo su adversario. Y que posiblemente éste sabía que no era tarea fácil, y tendría guardada alguna otra oculta baza.

En la distancia, ululaba ya la sirena de un coche patrulla de la policía, alertado por aquella enloquecida carrera en medio de la ciudad. El motorista en ese momento comprendió que sus posibilidades se iban limitando.

Y actuó en la forma que presentía Dennis, si bien algo en ese método sorprendió al joven, estando a punto de causarle la muerte.

Sin duda bastándole una presión determinada sobre algún resorte del manillar de la poderosa motocicleta, hizo emerger entre ambos asideros, justo sobre el faro del vehículo de dos ruedas, una especie de cilindro de bastante anchura, parecido al cañón de un bazooka. La semejanza puso en guardia a Dennis apenas alertó la maniobra en el retrovisor.

El tubo plateado apuntó directamente al Aston Martin. Bajo las gafas del motorista brilló un instante el blanco de una sonrisa sardónica y cruel. Dennis no necesitó más para comprender que aquel tubo móvil que ahora apuntaba hacia él era el instrumento de muerte presentido.

Rápidamente, hizo todo lo posible por salvar su vida. Si la persecución continuaba en igual tono, pese a toda la velocidad alcanzada, el blanco del tubo metálico seguiría siendo el mismo, inexorablemente: el deportivo dorado. Y, por tanto, su conductor.

Así que metió el pie en el freno, viró bruscamente, y mientras su coche se iba arrastrando en el asfalto con un chirrido agrio de neumáticos que iban dejando tiras de goma negra y caliente en el suelo callejero, saltó del mismo sin vacilar, por encima de las bajas portezuelas de su descapotable dorado.

Apenas había saltado, algo brotó del tubo metálico de la

motocicleta. Hubo un zumbido potente, y un objeto hizo impacto en el Aston Martin de Stracey.

Fue mucho peor que un bazooka, realmente. Mientras el coche sin conductor, frenado y deslizándose alocado por el asfalto, era alcanzado por el proyectil, Dennis rodaba por el suelo, sintiendo cómo su cuerpo golpeaba duramente el pavimento, pese a saber cubrirse con ambos brazos, en una caída bien medida. Un intenso dolor taladró su cerebro.

En el mismo momento, el Aston Martin saltó por los aires, convertido en una cegadora bola de fuego que convertía el metal dorado en chatarra retorcida. El estruendo de la explosión conmovió la calle, destrozando los vidrios de varias viviendas y establecimientos en derredor. Una especie de pequeño misil destructor había hecho impacto en su valioso coche, pulverizándolo. Se había salvado solamente por un par de segundos.

La motocicleta rugió, desapareciendo con una maniobra delirante en una esquina próxima. Fue como perder de vista un centelleante rayo de plata que significaba la muerte cierta.

Los restos de su coche ardían, contra un muro, mientras numerosos vehículos se detenían, haciendo sonar ruidosamente sus claxons, y el aullido de la sirena policial aumentaba de volumen.

El dolor fue tan intenso entonces, que Dennis Stracey perdió el conocimiento, tendido aún en el asfalto.

* * *

Mientras una ambulancia conducía a Dennis Stracey a un hospital cercano, y una multitud sorprendida y alarmada rodeaba el lugar del dramático suceso, repleto de policías, un avión tomaba tierra en Heathrow, llevando de regreso a Londres a la joven Nancy Danton, de profesión oficial diseñadora de modas.

Directamente desde el aeropuerto, se dirigió al *Weekly News*, en Fleet Street. Allí le dieron la dirección de su redactora internacional, Cheryl Seymour, que no se hallaba en esos momentos en la redacción.

Nancy tomó un taxi dándole esa dirección, en una zona residencial de Somers Town, al norte de Londres, impaciente por charlar con la mujer cuyo nombre viera en el viejo recorte de

prensa situado sobre la mesa del difunto Claude Renée en París.

Antes de entrar en la residencia de la periodista, llamó a Dennis por teléfono desde una cabina pública, pero no respondió nadie a su teléfono. Salió de la roja cabina, y se encaminó a la casa cercana.

Poco después, se hallaba en presencia de la periodista Cheryl Seymour.

Su primera sorpresa fue descubrir que era más joven de lo que había imaginado. Pese a ser ya periodista nueve años atrás, cuando Rutledge Fox halló la muerte en Hong Kong, víctima de un explosivo, Cheryl Seymour era una mujer joven aún. Calculó Nancy, con femenina precisión, que no excedería de los treinta y cuatro o treinta y cinco años.

Era risueña, simpática y mundana. Poseía una serena belleza rubia, un cuerpo esbelto y elegante, aunque vestía atuendo deportivo informal, unos penetrantes ojos pardos tras unas gafas de vidrio ligero y montura de concha, de diseño moderno, y unas manos ágiles y expresivas. Se advertía en ella que era mujer habituada a conocer mundo, a tratar con toda clase de personas y a utilizar en todo momento una conversación fácil y espontánea.

Ambas mujeres se saludaron cordialmente. Luego, tras sentarse a invitación de su anfitriona. Nancy abordó el motivo de su visita a la periodista:

—He leído un viejo recorte de periódico del *Weekly News* —comenzó—. Data de cuando un hombre del Servicio Secreto británico, Rutledge Fox, halló la muerte en Hong Kong.

Ella entornó los ojos tras sus gafas, asintiendo con un leve movimiento de cabeza, sus manos extendidas sobre las rodillas. Nancy juzgó que su interlocutora poseía un bello par de piernas. Esbeltas y bien formadas.

—Lo recuerdo muy bien, pese al tiempo transcurrido —dijo con suavidad—. Hong Kong siempre ha sido una de mis ciudades predilectas, señorita Danton. Y no es fácil olvidar la muerte de un hombre como Rutledge Fox.

—¿Le conoció personalmente?

—Podría decirse que sí —sonrió tristemente—. Una periodista conoce a mucha gente, sobre todo a compatriotas y más estando lejos de su país. Yo sabía que Fox era un espía. Estaba segura de ello. Luego supe que era el mejor de todos ellos. Fue una dura

pérdida para la Inteligencia británica.

—Lo sé —suspiró Nancy—. Usted escribió por entonces que pudo haber sido traicionado por un amigo y colega, traición que le causó la muerte.

—En efecto —los ojos escudriñadores de la periodista se clavaron en Nancy con un nuevo interés evidente—. ¿Por qué le interesa todo esto? ¿Quién es usted, exactamente, señorita Danton? Por su tarjeta veo que es norteamericana y no comprendo qué tiene que ver con esos acontecimientos...

—Es una larga historia —sonrió Nancy—. Digamos que mis motivos son realmente serios, y que trabajo para cierto organismo oficial del Gobierno de los Estados Unidos, muy interesado en examinar los hechos que rodearon la muerte de Fox. ¿Bastaría eso para despejar sus recelos y facilitarme los detalles que le sean conocidos?

—¿Por qué no? —Tuvo un leve encogimiento de hombros—. Después de todo, hace ya muchos años de eso. No creo que a nadie le haga daño hablar de Rutledge Fox y de lo sucedido entonces. ¿Qué le interesa, en concreto?

Todo. Pero especialmente, esa referencia a una posible traición...

—Creo que fue cierta —musitó la periodista—. Muy cierta. Un amigo traicionó a Fox. De otro modo, dudo que hubiera muerto de ese modo. Era un hombre muy listo... Y muy desconfiado.

—Astuto y cauteloso como un reptil, ¿no? —sonrió Nancy, la mirada fija en su interlocutora, a la espera de alguna posible reacción.

Eso no se produjo. Cheryl Seymour se limitó a asentir, alisando un poco su falda sobre los muslos.

—Así era él —admitió.

—¿Sabe quién le traicionó?

—Lo sospecho. Su mejor amigo y colega; un francés. —Claude Renée está muerto— informó escuetamente Nancy.

—¿De veras? —Cheryl enarcó las cejas—. No lo sabía.

—Le asesinaron ayer en París —completó la norteamericana.

—Cielos... —Los ojos pardos revelaron curiosidad y cierto recelo—. ¿Cómo lo sabe? —Yo estaba allí. Alguien le clavó un machete en la espalda. La policía francesa ignora todavía quién fue.

—¿Y usted? —preguntó cautamente la periodista con una sonrisa significativa—. ¿Lo ignora también?

—No. Sé que le mató El Reptil.

—¿Quién?

—El Reptil. Le gusta firmar así sus crímenes, tanto en mí país como en éste —explicó Nancy—. ¿Ese nombre no le dice nada?

—No, nada. Pero parece una historia fascinante para mi periódico —comentó ella—. ¿Quién se oculta bajo ese apodo?

—No lo sabemos. Llegamos a sospechar que pudiera ser... Rutledge box.

—¿El? —Se irguió, casi sobresaltada—. ¡Imposible, señorita Danton! Rutledge Fox murió hace casi diez años...

—Lo sé, lo sé, Pero según dicen estaba destrozado por el explosivo.

—Su familia lo identificó al ser trasladado a Inglaterra, lo recuerdo muy bien. Yo escribí ese reportaje en el *Weekly*.

—Su familia pudo cometer un error involuntario... o voluntario —sugirió Nancy.

—No puedo creerlo. ¿Qué interés existiría en tal cosa?

—Nunca se sabe. Rutledge Fox pudo quedar desfigurado, horriblemente deforme por el efecto del plástico en su persona... y se prefirió ocultar la verdad. Un cuerpo cualquiera, destrozado por una explosión, pudo cubrir el expediente.

—Es una posibilidad atroz, que me resisto a creer. Además, creo recordar que murió en compañía de su amante...

—Si. Judith Osborn, una inglesa. Pero también resultó destrozada. Y no tenía familia ni nadie reclamó su cuerpo. Se la enterró en el propio Hong Kong, sin otra presencia que la del cónsul británico. Nunca se supo demasiado sobre ella.

—Me parece que era bailarina o algo así, en un local de Hong Kong, y que antes había ejercido igual profesión en un *cabaret* de Saigón, donde Fox la conoció —evocó la periodista, frunciendo el ceño—. Estaban juntos en la habitación del hotel, esperando la visita de ese francés, Renée. Pero quien les visitó fue la Muerte. Por eso creo que fue traicionado por su amigo. Era el único que pudo acercarse a él sin causar sospechas, permitiendo que los asesinos le lanzaran el explosivo.

—Hubo otros espías e incluso un asesino profesional que

estuvieron por entonces en Hong Kong. Americanos, ingleses...

—Por entonces, Hong Kong era una encrucijada de intrigas, estando la guerra vietnamita tan cerca. Incluso hoy en día, esa ciudad sigue siendo un centro de espionaje internacional de todo tipo. ¿Por qué le preocupan todos éstos?

—Porque están muriendo muchos de ellos misteriosamente en América y aquí. Y a todos los elimina una misma persona: El Reptil.

—Entiendo —sonrió burlonamente la periodista—. Y se le ha ocurrido la fantástica idea de que Rutledge Fox está vivo y se venga de quienes le traicionaron o combatieron por entonces...

—Algo así —aceptó Nancy—. ¿Le parece absurda mi sospecha?

—Totalmente —suspiró Cheryl Seymour—. Rutledge Fox y su amiga estaban ese día y esa noche en el lugar donde estalló el artefacto, podría jurarlo. Ambos resultaron muertos, amiga mía. Lo lamento por usted, pero no puedo compartir su fascinante teoría porque yo estuve allí en persona y sé que Fox murió sin remedio.

—Entonces, ¿quién puede ser El Reptil y por qué actúa así?

—Lo ignoro. Pero hubo otras personas que también estuvieron por entonces en Hong Kong, y que quizá puedan tener interés en vengar a Rutledge Fox, ¿no se le ha ocurrido esa posibilidad?

—Sí, pero ¿qué personas?

—Una mujer llamada Amanda Galvao, pongamos por caso.

—¿Amanda Galvao? —repitió perpleja Nancy—. ¿Quién es?

—Una artista portuguesa muy bella y provocativa. Fox la había conocido en Lisboa durante su estancia en la capital portuguesa, antes de partir hacia Hong Kong, pese a que él sólo tuvo con ella una breve aventura en Lisboa, puesto que su verdadero amor por entonces parecía ser el de esa inglesa, Judith Osborn...

—¿Y dónde podría encontrar ahora a Amanda Galvao?

—Es fácil —sonrió el periodista—. Posteriormente se casó con Gareth Fox, el hermano del propio Rutledge..., y ahora es la señora Fox. Curioso, ¿no? Al parecer, estaba tan loca por él que pudo desear vengarle alguna vez... Eso sin contar con el propio Gareth, que sentía un afecto profundo por su difunto hermano...

CAPÍTULO VIII

—Cielos... ¿De modo que Amanda Fox también estuvo por entonces en Hong Kong?

—Eso parece, Dennis. Siguió a Fox desde Lisboa. Al parecer se quedó un tiempo con unos parientes, en Macao, luego regresó a Londres y conoció a Gareth, casándose ambos. Es lo que me ha contado esa bella chismosa que es Cheryl Seymour, la periodista del *Weekly News*.

Dennis Stracey meditó, sentado en la cama, con su brazo izquierdo en cabestrillo y las huellas de su caída en el asfalto todavía impresas en parte y cabeza, pese a la mano médica que le había curado.

—Es un endemoniado asunto éste —comentó malhumorado—. Usted encuentra muerto a Renée en París, y la actual señora Fox resulta que también tuvo un lío con el otro hermano...

—Pero no estamos buscando sospechosos vulgares. Dennis. Buscamos al Reptil. Un ser capaz de golpear casi simultáneamente en París y Londres, es por fuerza un enemigo de mucho cuidado. No puede ser una persona vulgar, compéndelo.

—No esté tan seguro. Cualquiera puede tomar un avión, ir a París, matar a René y volver para lanzar contra mí, esa maldita motocicleta plateada, con un proyectil destructor en un cañón portátil. Es sofisticado todo, pero parece que al Reptil le gusta la escenografía espectacular. Es su debilidad.

—Aun así, estoy segura de que El Reptil no era un ser vulgar.

—Yo también —resopló Dennis—. Si hubiera visto a aquel endiablado motorista volando materialmente tras de mí, y sonriendo mientras apuntaba a mi pobre coche, del que no han quedado ni los tornillos...

—Era un hermoso deportivo, en efecto —suspiró ella—. Pero a usted le sobra dinero para comprarse otro igual. Lo importante es que salvó el pellejo, y de ése no suele haber repuestos.

—En efecto, soy pieza única —sonrió Dennis, aunque eso le causó una dolorosa tirantez en sus hematomas y arañazos de rostro y cuero, cabelludo—. Pero evidentemente, estamos sobre alguna pista, o ese maldito fantasma no hubiera intentado asesinarme sin contemplaciones.

—De modo que posiblemente El Reptil imaginó que andábamos tras la pista de Renée, el posible traidor, y se anticipó, viajando a París y asesinándole. Luego regresó con rapidez a Londres, le vigiló a usted, a quien sin duda conoce muy bien y ha vigilado desde el principio, por ser el hijo de Dennis Stracey, el traficante de armas, y por alguna razón que ignoramos, trató de asesínale con gran despliegue escenográfico, al estilo de una película costosa. ¿Por qué intentaría matarle?

—No lo sé. Yo regresaba de casa de los Fox... —Se detuvo, arrugando el ceño, y se tocó el mentón con su mano derecha—. Ésa puede ser la causa de todo.

—¿La visita a los Fox?

—Sí. Es muy probable. Se dio cuenta de que estamos tras la pista. E intentó hacer conmigo como hizo con Miller, McCaine, Skorpio o Renée.

—¿Recuerda algo especial de casa de los Fox, que pueda significar algo como para forzar al Reptil a matarle? —Se intrigó Nancy, sentándose en el borde de la cama.

—No. Creo que fue simplemente el hecho de seguir el rastro de Rutledge Fox. Pasara lo que pasara en Hong Kong hace diez años, sigo pensando que estos hechos tienen relación muy directa con Fox. Las personas asesinadas estaban allí por entonces. Es posible que Miller se ocupara del explosivo que mató a Fox, puesto que era su especialidad. Skorpio sería un agente al servicio del enemigo, que causó algún daño a Fox y a su misión, y Renée, el amigo francés, fue sin duda el traidor que supone esa periodista. Eso explicaría sus muertes. Una venganza implacable.

—¿Y McCaine? El era de la CIA, no pudo causar daño a Rutledge... Ambos defendían una misma causa y McCaine no podía ser un traidor jamás, eso me consta.

—Posiblemente. McCaine era un buen agente y, estaba también sobre la pista del Reptil no tuvo otro remedio que deshacerse de él para impedir que llegara al fondo de la cuestión.

—Sí, eso una posibilidad a tener muy en cuenta —aceptó Nancy, perpleja—. Pero ¿quién realizaría semejante venganza, si Rutledge Fox está realmente muerto?

—Sólo sabemos que está muerto porque su hermano lo identificó. Lo que crea esa periodista no cuenta, porque puede estar en un error o pudo suceder entonces algo imprevisto que cambió la víctima de la explosión.

—Tenemos dos posibilidades más: su hermano Gareth y Amanda. Ambos amaban a Fox. ¿Por qué no tomarse la justicia por su mano?

—Sí, ¿por qué no? —Dennis meneó la cabeza, mirando con disgusto su brazo inmovilizado—. Y yo metido aquí ahora con este maldito brazo estropeado... Cuando más falta hace que esté entero y en disposición de moverse, tengo que pertenecer aquí...

—Yo puedo hacer todo lo que usted está incapacitado de realizar ahora. Dennis —se ofreció Nancy con una sonrisa.

—No, gracias. Podría terminar como yo y correr peor suerte. No se acerque demasiado a la solución final del caso, o El Reptil la morderá. Y su mordedura es altamente venenosa, bien lo sabe.

—A mí no me engaña, Dennis. Usted quiere salir de aquí para recibir la visita de esa dama...

—¿Amanda Fox? —ahora fue él quien sonrió—. Bueno, debo reconocer que es toda una hembra. No es una visita desagradable, ni mucho menos. Confío en que mañana estaré ya bien y podré recibirla en mi casa...

—Hombres... —murmuró Nancy—. Siempre son iguales.

—No se enfade —rió Dennis—. Le aseguro que no me he fijado en su espléndido busto, ni en sus estupendas pantorrillas, ni en sus labios carnosos. Es sólo asunto de trabajo.

—Muy ingenioso. Le gustan esa clase de mujeres.

—Esas gustan siempre a todo el mundo —sonrió él ampliamente—. Aunque sólo sea para un momento, como hizo Rutledge Fox en Lisboa. ¿Sabrá esa parte de la historia su actual marido? No resulta muy moralizador que un hombre se case con la que fue amante de su hermano, ¿no le parece?

—Si piensa como usted, ¿por qué no? —replicó secamente Nancy Danton.

—Vaya, si no fuese exceso de presunción por mi parte, diríase que está usted celosa, mi querida Nancy.

—¿Celosa yo? —Nancy enrojeció vivamente, mirándole con enfado. Apretó los labios, controlándose, y al fin se echó a reír—. Es usted un presuntuoso, un engreído incorregible, caballero Stracey. ¿Cree que todas las mujeres se mueren por su atractivo varonil, su elegancia de caballero británico y su aire majestuoso?

—Bueno, al menos casi todas... —opinó Dennis modestamente.

—Cielos, si no supiera, que habla siempre en broma, lograría usted enfadarme.

—¿Por qué? ¿Teme que si se entera su novio yanqui se sienta también celoso?

—¡No tengo ningún novio yanqui! —replicó airadamente Nancy—. Y no hable de ese modo tan despectivo de los norteamericanos. Yo aún no he ofendido a sus compatriotas.

—Le aseguro que puede hacerlo impunemente —bostezó Dennis—. No pienso romper ninguna lanza en su favor. Los ingleses somos estúpidos, egoístas y fanfarrones. Lo único bueno de Inglaterra... son las inglesas.

Rió entre dientes, y Nancy meneó la cabeza, mirándole con reproche.

—Siempre el mismo —comentó—. No tiene remedio, Dennis. El día que sepa cuándo habla en serio y cuándo no...

—... Será porque se habrá convertido usted en la señora Stracey —completó él riendo.

—Ya veo que no está tan grave como parece —dijo, ceñudo, dirigiéndose a la puerta de la habitación hospitalaria—. Mañana recibirá a su seductora visita y estrechará lazos de amistad con Portugal a través de la señora Fox, de soltera Amanda Galvao, estoy segura. Que tenga mucha suerte en su aventura, señor Stracey.

Cuando salió de la habitación, Dennis reía de buena gana. Nancy se limitó a murmurar con enfado, alejándose por el blanco y aséptico corredor:

—¡Inglés tenía que ser...!

Amanda Fox contempló largamente a Dennis Stracey desde el umbral de entrada a la casa.

—¿Qué le ha ocurrido? —preguntó—. ¿Le cayó una tapia encima?

—Algo parecido —sonrió él, haciéndose a un lado—. Pase, por favor, señora Fox.

—Puede llamarme Amanda. No me gustan las ceremonias —dijo ella, rozándole con su prominente busto al pasar junto a él.

Dennis cerró la puerta tras dirigir una ojeada al exterior de su lujosa finca en Kilburn, ahora solitaria por no ser temporada de habitarla. Pero había dado a la dama la tarjeta con esas señas, para recibirla en lugar más recoleto y sin testigos inoportunos, ya que su otra residencia, en Berkeley Street, en el corazón de Mayfair, tenía mayordomo, doncella, cocinera y chófer. Demasiada gente para la cita con una mujer de las características de Amanda Fox.

Se acomodó en un confortable, amplio *living* con las cortinas corridas, impidiendo que el tibio sol matinal se filtrara hasta el interior. Dennis sirvió oporto a la dama y se puso una copa también para sí mismo.

—Oporto, supongo —comentó con una sonrisa—. Nuestra bebida favorita, ¿no?

—Exacto —sonrió ella, alzando su copa—. Brindo por usted. Dennis.

—Y yo por usted, Amanda —respondió Stracey.

Bebieron un sorbo. Ella se cruzó de piernas. Eran largas y bien torneadas. Sus muslos asomaron llamativos bajo la negra falda ceñida a su cuerpo escultural y sinuoso. Aquella mujer, pensó Dennis, rezumaba sexo por todos sus poros. Y ella lo sabía.

—¿Supone a lo que he venido? —preguntó ella con voz suave, aterciopelada, clavando en él sus azules ojos, tan sorprendentes en aquel rostro de bronce vivo.

—A hablar de Rutledge Fox, imagino —sonrió él, ingenuo—. Es de quien hablamos ayer, si no recuerdo mal.

—Usted dudo que recuerdo nunca mal ninguna cosa —murmuró ella, deslizando su lengua sobre los labios húmedos de oporto, felinamente—. Sí, hay mucho que hablar sobre Rutledge que usted ignora... y mi esposo también. Pero hablar sólo de eso sería aburrido. Hace demasiados años de ello. Me gusta mucho más el

presente.

—Temo no entenderla bien...

—Vamos, vamos —rió roncamente Amanda Fox y deslizó sus manos sinuosamente sobre sus caderas—. Venga aquí. Dennis. Siéntese a mi lado. Sabe muy bien de qué hablo. Usted no es ningún tonto. Creo que lo supo desde el principio.

—Supo, ¿qué? —quiso saber Stracey, obedeciéndola y acomodándose a su lado en el sofá tapizado de granate oscuro.

—Que mi matrimonio con Gareth es un fracaso. No hay deseo ni sexo entre él y yo. Sólo rutina y fatiga. Nunca debí casarme con él.

—¿Por qué lo hizo?

—Por lo que siempre hace esas cosas una mujer —puso una mano alargada, de uñas lacadas de rojo, sobre la rodilla de él—. Bienestar, una posición... y olvidar el pasado.

—¿Olvidar a Rutledge Fox, por ejemplo?

Los azules ojos relampaguearon. Notó que el pecho de ella subía y bajaba. La mano femenina acarició su pierna. Ella se inclinó tanto hacia él, que su aliento le rozó la boca al hablarle:

—Lo sabe también, ¿eh?

—Simple deducción —mintió Dennis—. Gareth no es Rutledge, ¿verdad?

—¡Ni mucho menos! —Ella soltó una carcajada y se pegó tanto a Dennis, que éste notó contra su pecho las palpitaciones de los senos generosos de la portuguesa—. Rutledge era todo un hombre. Apasionado, hermoso, arrogante, viril... Gareth apenas es nada. Un hombre vulgar, mediocre y frío. Por eso necesito a alguien como tú, Dennis...

Le envolvió con sus brazos. Dennis notó dolor en el brazo izquierdo, pero no pudo desprenderse del abrazo de Amada. La boca carnosa de ella se aplastó en la suya. Su lengua se enroscó en la de él. Los cuerpos se fundieron en uno solo sobre el sofá, y ella le hizo caer de espaldas, tendiéndose sobre él, voraz y anhelante, exhalando gemidos de deseo, candente su apasionado cuerpo voluptuoso...

Dennis Stracey se dijo que estando herido y medio lisiado, era inútil resistirse. Y no se resistió.

Amanda Fox paseó por la estancia con un cigarrillo entre sus dedos. No tenía prisa por vestirse de nuevo. Su cuerpo era hermoso y lascivo en sólo dos piezas íntimas, como estaba ahora. Piel de bronce palpitante, senos espléndidos, muslos largos, caderas voluptuosas... Toda una hembra deseable y generosa.

—Eres un gran amante, Dennis —elogió, parándose sonriente ante la cortina del ventanal. Contigo sí que una mujer sería feliz, cariño... Lo peor es volver a casa, a la rutina diaria, a un marido como el mío... ¿Nos podremos ver otras veces?

—Claro —sonrió Dennis desde el sofá—. Siempre que quieras, Amanda.

—Menos mal —suspiró ella, estremeciéndose con un brillo placentero en sus ojos—. Estaré deseando que ese día llegue, Dennis, cariño... Pero no quiero ser egoísta. Tú andas interesado en Rutledge Fox, ¿verdad?

—Ya sabes que sí. Existen motivos de importancia para ello. Algún día te hablaré de ellos. Cuanto más sepa sobre su muerte, tanto mejor.

—¿Muerte? —Ella se echó a reír suavemente—. Te equivocas, Dennis. Rutledge Fox *no está muerto*.

Lo dijo así: con toda sencillez. Dennis Stracey pegó un respingo. La miró. Supo que ella no bromeaba. Su sonrisa era sardónica, el centelleo de sus ojos excitado.

—Lo sabía... —musitó el joven agente secreto—. Lo sabía... Algo me decía que estaba en lo cierto... Amanda, ¿cómo ha podido ocurrir? ¿Dónde está él? ¿Cómo sabes que vive?

—Demasiadas preguntas —sonrió la hembra de piel bronceada alzando levemente la cortina y contemplando el jardín que rodeaba la finca con ojos soñadores—. Trataré de responderlas todas, Dennis, cariño. Rutledge no murió aquel día en Hong Kong. Otro viajero pereció en su lugar, un huésped del hotel cuya desaparición nadie investigó en la confusión de aquellos días...

—¿Por qué mintió Gareth al identificarle?

—Porque pensó que era mejor así. Había recibido un mensaje de Rutledge, su hermano, diciéndola que estaba vivo pero que no debía saberlo nadie ni podía salir de un determinado escondrijo. Le rogaba que identificase el cadáver como el suyo, y prometía establecer más adelante contacto con él. Pero ese contacto nunca se

produjo. Para Gareth es como si Rutledge estuviese muerto y enterrado. Nunca supo más de él.

—Tal vez el mensaje fuese apócrifo. Tal vez haya muerto, pese a todo...

—No. No fue apócrifo. Y no ha muerto. *Yo lo sé*, Dennis.

—¿Tú? —dudó él, acercándose a ella—. ¿Por qué, Amanda?

—Dennis, él... estableció contacto conmigo al fin. Conmigo *sí*. Y... y he vuelto a verle. Hace poco.

—¿Qué? ¿Has visto a Rutledge Fox *vivo*? —jadeó Dennis, sintiéndose más cerca que nunca de la verdadera solución definitiva del *affaire*. Y más cerca también del Reptil...

—Si. Me necesitaba. Necesitaba a una mujer que le diese algo de calor, de aliento...

—¿Dónde está él ahora? —quiso saber Dennis, con voz ronca.

Amanda le miró gravemente. Había algo raro en su expresión, algo así como *miedo* en sus ojos, pensó Dennis. Un miedo extraño, inexplicable, a algo que no podía él entender.

—Te lo voy a decir —suspiró ella tras un silencio—. Creo que es mejor así. Es preciso terminar de una vez con todo eso. Rutledge Fox está en...

Fue como si empezase el fin del mundo. Dennis Stracey se vio lanzado por los aires por segunda vez en pocas horas, impulsado por una onda expansiva realmente tremenda. Algo estalló, pulverizando la gran vidriera de la casa y penetrando en el *living*. Amanda lanzó un alarido de horror y de angustia. Dennis, borrosamente, la vio envuelta en llamas y humo.

Rodó por el suelo mientras seguían los gritos de ella y la sala era invadida por más humo, cascotes y llamaradas. Logró incorporarse, notando que sangraba de un corte en el rostro, y corrió entre la humareda hacia donde cayera Amanda en medio de un caos de vidrios y fuego.

Cuando la halló, comprendió que nada podía hacer por ella. Estaba horriblemente destrozada, sangrando por heridas diversas, muchas de ellas irremisiblemente mortales. Sus ojos dilatados, llenos de pánico y dolor, le contemplaron agónicos desde el ennegrecido rostro.

Dennis corrió hacia el teléfono desesperadamente, descolgándolo para llamar a una ambulancia. No pudo conseguir la señal. La

explosión debió cortar la línea.

Corrió a la salida. Casi se dio de bruces con Nancy Danton, que pistola en mano se precipitaba hacia la casa. La miró, perplejo.

—Estaba fuera, vigilando la casa, Dennis —jadeó ella roncamente—. Vi algo, muy poco. Un coche plateado, allá en una esquina... Desde allí surgió el proyectil, directo a la casa. Cuando me recuperé ya había desaparecido el automóvil... Debe ser él... El Reptil.

—¡Pronto, ve y llama desde una cabina a una ambulancia y a la policía! —pidió Dennis, exasperado—. Creo que han matado a la señora Fox... justo cuando iba a hablar, a revelarme el dato decisivo, Nancy...

—Tal vez usaban un micrófono especial para larga distancia, emplazado en el coche —dijo ella, echando a correr hacia la calle nuevamente—. ¿Estás tú bien?

—Si, sí —dijo él, nervioso—. No pierdas tiempo, Nancy...

En la excitación del momento, ninguno se había dado cuenta de que se trataban con mayor familiaridad. Dennis regresó al interior, dejando un reguero de gotas de sangre a su paso. Sabía que de nuevo El Reptil, con una de sus sofisticadas armas, había destrozado a Amanda, aunque sin duda su propósito fue eliminar a ambos, y sólo un milagro le permitía seguir con vida.

Cuando llegó junto a la mujer, ya era tarde. El rostro estaba rígido, los ojos vidriosos. Los cerró bajando sus párpados suavemente. Estaba muerta.

Contempló sus destrozos, las terribles heridas sufridas, las quemaduras atroces... Y de pronto, sus ojos se inmovilizaron en los dedos crispados de la mano derecha de Amanda Fox, bañada en sangre.

Había logrado escribir algo en el suelo, mientras agonizaba. Algo escrito con su propia sangre, en un desesperado esfuerzo final.

Se arrodilló, excitado, tratando de leer las letras desiguales, confusas, del mensaje póstumo de la infortunada.

Eran dos palabras. Sólo dos, una incompleta. Pero pudo entenderlas:

BISHOP... BIRMING...

—¡Bishop... Birmingham! —repitió frenético.

Y supo que Amanda Fox le había dejado, quizá, en aquellas dos

simples palabras lo que nunca llegó a pronunciar a causa del asesino.

El lugar donde se ocultaba Rutledge Fox, El Reptil.

CAPÍTULO IX

Era allí, sin duda.

Tenía que ser allí. Bishop Mews, Birmingham.

Le había dado esas señas en la ciudad cercana a Londres, en cuanto él citó la palabra Bishop a un taxista y a un policía de tráfico. Eran unos viejos establos, al norte de la ciudad, no lejos de una factoría de lanas, en un sendero vecinal serpenteante entre arbustos y setos, junto a un canalillo.

Esta vez confiaba en haber sido más rápido que El Reptil. Todavía con la mejilla cortada por la explosión, conteniendo a medias la hemorragia con un esparadrapo, había partido con un automóvil deportivo, un Porsche alquilado en un negocio cercano a su domicilio, y emprendió veloz carrera hacía Birmingham. Durante el viaje, hubo momentos en que el cuentamillas rozó las doscientas a la hora. Había tenido suerte de no verse interceptado por patrulla alguna, aunque en ese caso hubiera recurrido a su especial documentación de agente del Servicio Secreto de Su Majestad, con prioridad absoluta de acción en todo el territorio británico.

Los establos aparecían descuidados y semirruinosos. Era un lugar idóneo para ocultarse por algún tiempo. Dennis, pistola en mano, avanzó hacia las edificaciones semiderruidas, cauteloso y alerta. Se preguntaba qué diría Nancy Danton cuando, al regreso de la cabina telefónica, no hallase en la mansión a Dennis Stracey, ni rastro de él.

Se adentró en una de las viejas naves sin techumbre, cuidando de pisar con el máximo tiento para no hacer ruido.

Aun así, tenía la rara impresión de sentirse vigilado, observado por alguien...

«¿Será posible que El Reptil haya sido también esta vez más

rápido que yo, se preguntó a sí mismo cuando esa impresión cobró fuerza al pasar a otro establo inmediato, que sí conservaba techo, y cuyo interior aparecía en tinieblas?».

Se adentró en él y pronto esa oscuridad se hizo simple penumbra, apenas sus ojos se habituaron al contraste entre la sombra y la luz solar exterior. En alguna parte, captó un ruido seco, como unas piedrecillas golpeadas por algo.

—¡Alto ahí! —rugió, girando con rapidez y apuntando con su arma a las sombras del viejo recinto en ruinas—. ¡Quienquiera que sea, salga pronto y sin oponer resistencia, o disparo sin contemplaciones!

Esperó. Esta vez, el ruido de las piedrecillas fue más prolongado. Alguien arrastró sus pies por el suelo salpicado de cascotes, hasta vislumbrarse, recortada contra las rendijas de luz de las paredes en ruinas, una silueta humana, torpe y pesada, que se movía hacia él.

—¡Quieto ya donde está! —ordenó ásperamente, siempre con su pistola por delante—. ¿Quién es usted?

Un jadeo ronco le respondió. Era una voz humana, pero no lo parecía. —Soy..., soy Rutledge Fox— dijo con dificultades.

* * *

Rutledge Fox. El Reptil. Ya lo había encontrado.

Vivo. Sano y salvo, después de diez años de ser dado por muerto. Estaba allí, ante él. Y de repente, le daba la impresión de un hombre tremendamente débil, desgraciado y nada amenazador...

Maldiciendo el hecho de no disponer más que de un brazo sano, lo cual le impedía utilizar su brazo izquierdo inutilizado, Dennis trató de ver en la oscuridad inútilmente.

Preguntó a su interlocutor:

—¿Tiene luz? Enciéndala, pronto. Pero con cuidado o le mato. Fox.

—Espere —dijo la voz apagadamente—. En seguida enciendo. No dispare. Yo no puedo hacerle daño...

Había patetismo y tristeza en su voz. Pero era El Reptil, no debía olvidarlo. Su sumisión podía ser una trampa mortal Lamentó haber venido solo, pero esto era una lucha contra reloj y no había querido perder más tiempo.

Brilló una llama en la oscuridad. Era un fósforo. Con él, fue encendido un quinqué de petróleo. La llama creció, invadiendo de luz dorada el recinto.

Dennis Stracey miró ante sí a la figura humana erguida junto al quinqué. Y lanzó una exclamación de asombro y de horror.

Aquello no parecía siquiera un hombre. Era algo así como los despojos de un ser humano, milagrosamente sostenidos en pie. La luz le daba de lleno. Su aspecto era tan estremecedor como patético.

—Dios mío, no... —susurró Dennis, sobrecogido—. No es posible... ¿Usted... es Fox, Rutledge Fox, el mejor espía inglés de toda una época?

—Sí —asintió, amarga su ronca voz, aquel ser de pesadilla—. Yo soy lo que queda de él... Lo que quedó aquel día en Hong Kong, hace ya años... no sé cuántos años...

Era realmente horrible. Dennis clavaba sus ojos despavoridos en la espantosa visión del actual Rutledge Fox. O, como él mismo dijera, lo que de él quedaba...

Un cuerpo encogido, deforme, con sólo un muñón en su hombro derecho y un amasijo de carne en el izquierdo, terminado en una especie de pinza de carne, dos dedos hechos de jirones del brazo original, y con los que había logrado encender dificultosamente la luz. Una sola pierna entera, y la otra formada de articulaciones de metal y plástico, una simple prótesis, una pierna ortopédica.

Y el rostro...

El rostro era lo más tremendo de todo. Sin cabellos, pelado y brillante el cráneo, con la piel abrasada por el explosivo plástico. Sin cejas, pestañas... Con un solo ojo brillando bajo los párpados entornados, la nariz destrozada, la boca deforme, rugosidades informes moldeando de forma monstruosa sus mejillas y pómulos... Sin orejas, salvo dos orificios en su lugar...

—De modo que así quedó tras la explosión... —gimió Dennis, conmovido, avanzando hacia él.

—Sí. Valía más haber muerto... En el hospital me tomaron por un camarero. Todo porque llevaba en ese momento una chaquetilla blanca, como conviniera con Renée..., mi traidor amigo... Yo fingía ser camarero del hotel, y el supuesto Rutledge Fox era un hombre contratado por mí para engañar a los demás agentes secretos. Pero Renée me traicionó... Faltó todo...

—¿Por qué no dijo la verdad? Todos, en el Servicio Secreto, le creímos muerto...

—Era mejor así. De todos modos, muerto estoy ya... No sé para qué vivo así... Siempre agazapado en la sombra, como una alimaña, como un reptil asustado.

Reptil.

Esa palabra trajo a la memoria de Dennis Stracey de golpe, pese a la trágica situación actual, la causa de su viaje hasta los establos ruinosos de Birmingham.

—Pero entonces..., entonces, Fox, ¿quién es ahora el Reptil? —preguntó—. Porque usted no puede serlo...

—Soy yo, señor Stracey —dijo una voz tras él.

Y antes de que pudiera mover un músculo, esa misma voz añadió fríamente:

—¡Cuidado! Un gesto equivocado y le vuelo la cabeza. Sabe que el Reptil no vacilará en hacerlo...

Era una voz de mujer. Dennis, lentamente, giró su cuerpo, y dejó caer su arma al verse ante un potente fusil de diseño especial, automático y poderoso, fijo en él, desde las manos de una hermosa mujer, cuyo pálido rostro revelaba una fría, cruel determinación.

—No, Judith, por favor... —rogó él—. No lo haga... No más sangre, por Dios...

—¿*Judith*? —repitió Dennis, estupefacto, mirando a la dama—. ¿Es usted Judith Osborn, la amante de Rutledge Fox, supuestamente muerta también en la explosión de Hong Kong?

—Sí —dijo ella glacialmente—. Al menos, a Rutledge le gusta llamarme así. Siempre le gustó. Pero Judith Osborn *no existió nunca*.

—Temo no entender...

—Fue un nombre de mi invención para vivir mi idilio junto a Rutledge en aquellas fechas —sonrió ella con dureza—. En realidad, mi nombre y mi personalidad auténticos son aquéllos con los que su bella amiga Nancy Danton me ha conocido... Yo soy Cheryl Seymour, la periodista del *Weekly News*...

* * *

—Cheryl Seymour... —repitió Stracey el nombre de la reportera—. Ahora creo entender. Usted era amante de Rutledge en Hong

Kong. Pero no quería que el mundo supiera eso, y se creó una segunda y falsa identidad: Judith Osborn, que jamás existió realmente, aunque usted le contó a Nancy Danton que había sido una bailarina.

—Mentí. Judith debía conservar su supuesta vida propia —suspiró ella—. Conocí a Rutledge en Saigón y le seguí a Hong Kong. Mi vida viajera siempre me facilitó las cosas, como ahora me las ha facilitado para ser el Reptil. América, Inglaterra, París... Nadie se fija en una periodista famosa que viaja de un lado a otro.

—De modo que justo a un falso Rutledge, murió una falsa Judith Osborn...

—Oh, sí. Una mujer cualquiera de Hong Kong. Muchas visitaban el hotel para tener romance con los clientes. Nunca se supo quién fue, pero todos supusieron que era la amiguita oficial de Rutledge y yo dejé que lo creyeran. No estaba con él cuando estalló la bomba. Tal vez hubiera sido mejor para ambos terminar allí nuestras vidas, no sé.

—¿Por qué esta horrible venganza, señorita Seymour?

—Porque Rutledge merecía que se le hiciera justicia, que los demás pagaran con la vida su colaboración en los hechos que culminarían en el asesinato de Fox.

—Pero esa tarea requería medios, dinero... Estos años los pasé cuidando secretamente de Rutledge. Y montando mi venganza. Armas, medios sofisticados... Siempre me gustaron las cosas espectaculares. Y la aparición del Reptil debía de ser sumamente espectacular. Quería aterrorizar a mis víctimas, hacerlas sentir miedo, angustia, y al fin sentir la agonía de la muerte. No debieron cruzarse en mí camino ustedes dos. Por Rutledge sabía que Dennis Stracey, el traficante de armas, que nada tuvo que ver en aquel atentado, deseaba fervientemente que su único hijo fuese algún día agente secreto como él. Por eso sospechaba su verdadera ocupación, Stracey, y le vigilaba atentamente.

—¿Fue capaz de hacerlo todo usted sola?

—Totalmente sola —sonrió triunfalmente—. Soy muy capaz de todo, créame. De vigilarle a distancia con un micrófono de larga distancia proyectado hacia su casa para silenciar a la estúpida y viciosa Amanda Fox en el momento oportuno, lanzar mi motocicleta contra usted, utilizar pequeños proyectiles de alto poder

explosivo... o desgarrar un cuerpo con garfios de acero o un machete. Sí, Stracey, yo soy el Reptil. Y no me arrepiento de nada de cuanto hice. Rutledge, sin embargo, ha llegado a tenerme miedo, a no sentir afecto por mí. Fue muy penoso saber que llamaba a su lado a Amanda Fox, buscando consuelo y amor carnal... Pero Amanda huyó despavorida al verle y saber la verdad. Y la muy estúpida fue a contárselo a usted...

—Lo cierto es que logré contarle todo —suspiró Dennis—. Escribió con su sangre estas señas, señorita Seymour. Por eso estoy ahora aquí. Esta vez la gané por la mano. Llegué antes que usted.

—¿Y de qué va a servirle? —rió huecamente ella—. Le voy a matar ahora, Stracey.

—¡No, no lo hagas! —clamó Rutledge, angustiado—. ¡El no me hizo nada! ¡Es un inglés, un agente especial como yo mismo! ¡No puedes matarle, Judith!

—Yo sé lo que tengo que hacer, Rutledge querido —sonrió ella tiernamente—. No soy Amanda, que sienta miedo por ti. Sabes que te he sido fiel toda la vida, que hago todo esto por ti solamente... Ahora no puedo volverme atrás, querido. Será el último en caer.

—No la crea. Fox —replicó Dennis mirando al monstruoso ser—. Luego tendrá que matar a Nancy Danton, que es mi colaboradora. Y a otros agentes que el Intelligence Service lance tras sus huellas...

—El tiene razón, Judith —gimió el que fuera mejor agente de Inglaterra—. No lo hagas, te lo ruego... Terminemos ya esto de una vez. Es el fin, compréndelo...

—¡No! —aulló ella, rabiosa—. ¡Debe morir, Rutledge, está decidido!

Y el poderoso fusil apuntó a Dennis, a punto de vomitar un proyectil devastador.

* * *

Rutledge hizo entonces su último servicio a su país y a su organización. Salvó la vida del agente especial Dennis Stracey.

Lanzando una especie de exasperado berrido, su corpachón deforme y mutilado se precipitó hacia ella, interponiéndose entre el arma y Dennis justamente cuando aquélla vomitaba el proyectil destructor.

Cheryl Seymour lanzó un grito de horror al advertir la maniobra de su amante. Pero no pudo impedirlo. Ni tampoco frenar su dedo en el gatillo. El proyectil martilleó el cuerpo de Rutledge Fox con impacto seco y una potente detonación retumbó en el establo.

Perforado, sangrante, desgarrado en su informe cuerpo, Rutledge Fox cayó de espaldas, con un ronco estertor. Dennis contempló aterrado la escena. Tal vez ella hubiera disparado de nuevo, ahora sobre Dennis Stracey, pero algo sucedió a su espalda.

Sonó por dos veces un arma de fuego con seco estampido, y Cheryl Seymour —o Judith Osborn, como se hiciera llamar en Hong Kong—, cayó de bruces, con un grito ronco, soltando la temible arma automática.

Stracey contempló la figura de Nancy Danton, erguida en la entrada al establo, arma en mano. Su pequeña pistola había abatido malherida a la mujer que se hiciera llamar el Reptil.

—¡Nancy! —exclamó Stracey, corriendo hacia ella—. ¿Qué diablos haces tú aquí?

—¿Acaso crees que eres el único capaz de leer un mensaje escrito con sangre? —Se irritó ella—. Si no es por mí, esa zorra te convierte en una piltrafa...

—Eso es bien cierto. —Dennis fue a recuperar su arma y examinó a los dos heridos. Fox estaba muerto. A Cheryl Seymour no le quedaba ya mucha vida en el cuerpo.

—Avisaremos a una ambulancia, pero dudo que puedan hacer ya nada por ella —dijo, quitándole el fusil caído junto a su mano—. Te contaré la historia mientras buscamos un teléfono. Es mucho más horrible de lo que imaginas, Nancy.

—Lo supongo —miró a los dos cuerpos—. ¿De modo que esa periodista era el Reptil, después de todo?

—Sí. Y también Judith Osborn. Y ese infortunado ser que yace ahí, fue un día el mejor agente británico... Ya te dije que es una larga historia... ¿Vamos a por ese teléfono, Nancy?

—Sí, vamos —echó una última ojeada atrás—. He visto una cabina a cosa de media milla de aquí. Tal vez aún esté viva cuando llegue la ambulancia.

—Tal vez. Pero no durará mucho. Aunque personalmente creo que esos dos, realmente, murieron hace muchos años, en Hong Kong... Lo demás ha sido una terrible pesadilla sin sentido. Pero al

menos ha servido para algo.

—¿Para qué? —indagó Nancy, mientras se dirigían al Porsche de Dennis para buscar aquel teléfono.

—Para conocer a una bonita, inteligente y valiosa chica americana —sonrió él—. Su único defecto es no ser inglesa, pero se la puede perdonar.

—¿Otra vez con ésas? —Se enfadó ella—. Aún recuerdo lo de esa Amanda y...

—Vamos, vamos. Sólo fue una visita que terminó mal —la tomó de un brazo y la volvió hacia sí, sonriente—. ¿Sabe una cosa? Empiezo a enamorarme de una yanqui. Y eso no está bien para un caballero inglés...

La aproximó a él y besó sus labios. Nancy iba a protestar, pero el beso debió gustarle, porque se prolongó más y más, mientras echaba sus brazos en torno al cuello del agente secreto británico.

FIN



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada *La muerte elige*, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: No dispare contra mí (José María Nunes, 1961); Nuestro agente en Casablanca (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy Cat* (Julio Pérez Tabernero, 1973) y *El pez de los ojos de oro* (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del

ISBN

aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas *La conjura* (2009) y *La clave de los evangelios*. En Morsa ha publicado *La noche de América agonizante* y su autobiografía, *Yo, Curtis Garland*.

Notas

[1] Como es sabido, en Inglaterra se circula por la izquierda. De ahí que el volante de los automóviles vaya a la derecha y no a la izquierda, como en los demás países. < <

[2] En Ascott se celebran las más importantes carreras de caballos, con asistencia de la mejor sociedad británica.

En cuanto a la City, por supuesto, es el centro comercial y financiero de Londres, repleto de ejecutivos y agentes de Bolsa con el tradicional aire británico del traje impecable, el bombín y el paraguas o el bastón, amén de la cartera o maletín de rigor. < <